

EL COLEGIO DE MÉXICO

# Boletín 94 Editorial

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2001

## HISTORIA MEXICANA

VOL. L

ABRIL-JUNIO, 2001

NÚM. 4

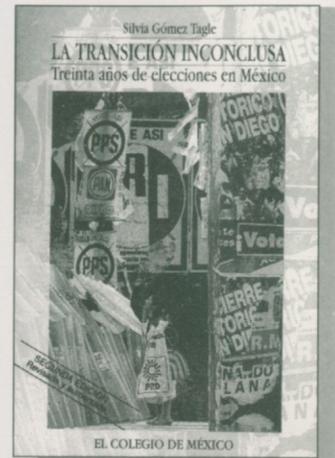
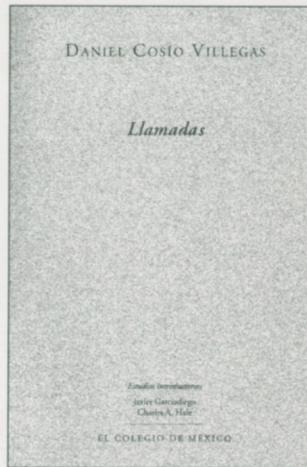
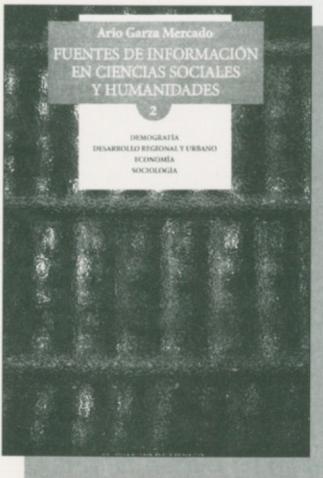
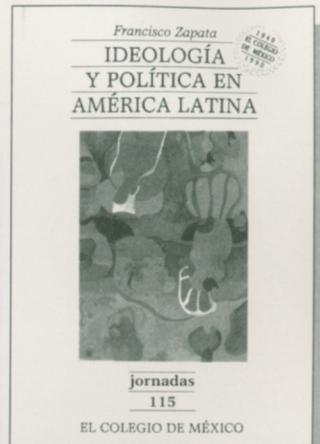
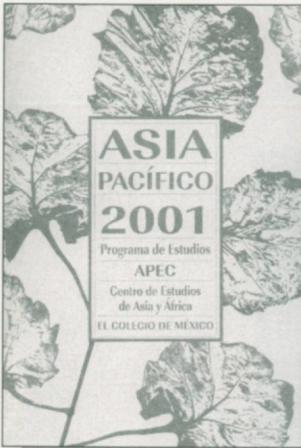
# 200



EL COLEGIO DE MÉXICO

**Daniel Cosío Villegas**  
**Enrique Florescano** ◇ **Josefina Zoraida Vázquez**  
**Bernardo García Martínez** ◇ **Clara E. Lida**  
**Solange Alberro** ◇ **Javier Garciadiego**  
**Manuel Miño Grijalva**

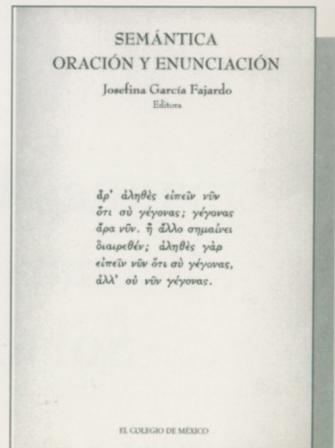
## NOVEDADES



## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.

Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx



ἀρ' ἀληθές εἰπεῖν νῦν  
ὅτι σὺ γέγονας; γέγονας  
ἀρα νῦν. ἢ ἄλλο σημαίνει  
ἰσχυρισθῆναι; ἀληθές γὰρ  
εἰπεῖν νῦν ὅτι σὺ γέγονας,  
ἀλλ' οὐ νῦν γέγονας.

EL COLEGIO DE MÉXICO

# ÍNDICE

*Historia Mexicana*  
■ Daniel Cosío Villegas ■ 3

En los 50 años  
de la revista *Historia Mexicana*  
■ Enrique Florescano ■ 5

Cincuenta años de *Historia Mexicana*  
de El Colegio de México  
■ Josefina Zoraida Vázquez ■ 7

Recuerdos para la celebración del número 200  
de *Historia Mexicana*  
■ Bernardo García Martínez ■ 9

*Historia Mexicana* en su cincuentenario  
■ Clara E. Lida ■ 12

*Historia Mexicana*. Un esfuerzo colectivo  
■ Solange Alberro ■ 15

Revistas revisitadas: ventana a la historiografía  
mexicana del siglo xx  
■ Javier Garcíadiago ■ 17

*Historia Mexicana*.  
Historiografía y conocimiento  
■ Manuel Miño Grijalva ■ 23

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico CARLOS ROCÉS DORRONSORO ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de Promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 94, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2001

■ Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Diagramación y formación EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Portada HISTORIA MEXICANA 200

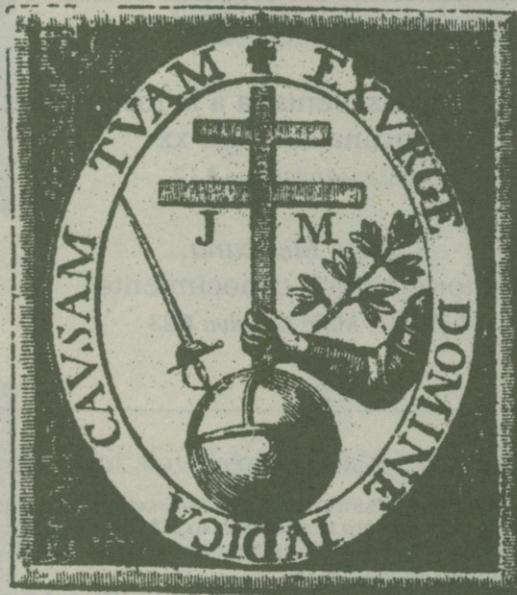
Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

# HISTORIA MEXICANA

1



EL COLEGIO DE MEXICO

## En *Historia Mexicana*\*

Se publican en esta ocasión los textos leídos en la presentación del número 200 de la revista *Historia Mexicana*, con motivo de sus cincuenta años, acompañados, de un breve fragmento de las *Memorias de Daniel Cosío Villegas* y un texto de Manuel Miño Grijalva, cuando los 100 números de la publicación, que sigue conservando su sentido

Pongamos el caso de la revista *Historia Mexicana*. Su primer número aparece en julio de 1951, amparada por un consejo de redacción en que me acompañaban Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala. No quise singularizarme apareciendo aparte de este grupo, digamos como director, para no darle a la revista un sello personal mío. Además, porque todos estos caballeros, con la excepción quizás de Yáñez, tenían ya un cartel bien sentado de historiadores, o de antropólogos, como Caso y Jiménez Moreno, pues necesariamente incursionaban en la historia antigua de México. En fin, porque esperaba que cada uno de ellos aportara colaboraciones suyas y las consiguieran de sus discípulos más adictos. La verdad es que en esto, como suele ocurrir, me equivoqué, pues poco o nada aportaron. Cincuenta números después, o sea algo más de diez años, ese consejo de redacción pasó a figurar como “fundado-



res” de *Historia*, cosa que, por supuesto, es inexacta, pero que servía para eliminar sus nombres. Entonces aparezo como director y un grupo de redactores, todos ellos jóvenes y formados en El Colegio de México: Emma Cosío Villegas, Luis González, Moisés González Navarro, Guadalupe Monroy, Luis Muro, Berta Ulloa, Susana Uribe y Fernando Zertuche. Doce años después de su creación, desaparezco yo completamente, quedando tan sólo como fundador de la revista. De entonces acá han mudado el director y los redactores, pero

*Historia Mexicana* es una publicación académica bien establecida, con una reputación internacional, que cumplirá bien pronto su veinticinco aniversario, cosa que en México, como en los países todos de la América Latina, y en España misma, puede considerarse como inusitada.€

\*Tomado de las *Memorias* de Daniel Cosío Villegas.

# HISTORIA MEXICANA

## 2



EL COLEGIO DE MEXICO

# HISTORIA MEXICANA

## 3



EL COLEGIO DE MEXICO

# En los 50 años de la revista Historia Mexicana

Tuve la fortuna de dirigir la revista *Historia Mexicana* de enero de 1971 a junio de 1974. Durante ese lapso me tocó editar 13 números con el apoyo de Héctor Aguilar como secretario de redacción. De esos años y tareas conservo un recuerdo grato.

Eran años de horizontes abiertos. La represión contra los jóvenes que levantaron la bandera de la democracia en 1968 se había desvanecido. En el escenario político parecían abrirse espacios antes impenetrables y en distintos sectores de la sociedad se advertían aires de renovación y cambio. Julio Scherer encabezaba en *Excelsior* un periodismo audaz, crítico e incisivo. La economía crecía a una tasa de 4% anual. Y en el ámbito académico la historiografía atravesaba por uno de sus periodos más brillantes, un momento similar al de la época de la Ilustración, pero más impetuoso e innovador. La escuela francesa de los *Annales* tuvo en la década de los setenta una irradiación universal y la escuela norteamericana de historia económica se convirtió en otro puntal renovador, junto con la antropología, la ciencia política y la demografía.

Mi generación vivió esas transformaciones profundas e intentó difundirlas en México. El número 82 de *Historia Mexicana*, dedicado a celebrar su vigésimo aniversario, se concentró en una evaluación de las corrientes historiográficas entonces en boga. Otros números mostraron los avances realizados en áreas entonces poco cultivadas, como la historia urbana, la demografía histórica,



el análisis de las haciendas agrícolas, la historia económica y las características que asumió el Estado en distintas etapas del desarrollo histórico. Junto a estas innovaciones se procuró conservar los principios originales establecidos por los fundadores de la revista: mantener abiertas sus páginas a las diversas corrientes de la investigación histórica, a los historiadores mexicanos como a los mexicanistas, a los historiadores maduros como a los jóvenes, y a los más variados temas que en cada época seducen a los cultivadores de *Clio*. Es decir, nos esforzamos en mantener la visión amplia que dio origen a *Historia Mexicana* y en hacer de ella, como quería uno de sus colaboradores,\* la revista "más importante entre las consagradas a la historia de México".

Mi participación en esa empresa colectiva e institucional que es *Historia Mexicana* me dejó una enseñanza perdurable: la afición por el trabajo colectivo y las grandes empresas culturales de sello institucional. Aprendí entonces que este género de empresas, al mismo tiempo que nos permiten conocer y entretener muchos talentos, cumplen las funciones sociales de difusión, acumulación, alertamiento y crítica indispensables, sin las cuales no podría darse el buen desarrollo de las comunidades académicas. €

\* Robert A. Potash, "Historiografía del México independiente", *Historia Mexicana*, vol. X, enero-marzo 1961: 361-412.

# Historia Mexicana

Revista trimestral publicada por EL COLEGIO DE MEXICO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

ARTURO ARNÁIZ Y FREG  
ALFONSO CASO  
DANIEL COSÍO VILLEGAS  
WICBERTO JIMÉNEZ MORENO  
AGUSTÍN YÁÑEZ  
SILVIO ZAVALA

APARTADO 2123. MÉXICO, D. F.

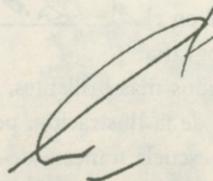
diciembre 2, 1952.

Sr. D. Alfonso Reyes.  
El Colegio de México.  
Nápoles 5.  
México 6, D.F.

Mi querido Alfonso:

En respuesta a la nota de usted del 26 de noviembre le acompaño en cuadro aparte el presupuesto que me ha pedido. Verá usted que es distinto el del primer semestre, durante el cual nuestros trabajos irán con ritmo menos activo que en el segundo semestre, y, además, durante ese primer semestre disponemos todavía de los fondos especiales del Banco de México y de Víctor Urquidi para pagar parte de nuestro personal. En el segundo semestre, por una parte, esos fondos especiales se habrán estancado, y, por otra, el Seminario recobrará su plena actividad después del año convenido entre usted, la Fundación y yo de semisuspensión de trabajos. Quiero aclarar que lo supuesto se refiere única y exclusivamente a lo que correrá por cuenta de El Colegio de México. Si hubiere interés en sacar el presupuesto total, el señor Arellano lo podrá hacer con facilidad.

Con mis mejores deseos, suyo amigo.



Daniel Cosío Villegas

DCV/meh.-

47

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

# Cincuenta años de Historia Mexicana de El Colegio de México

Cuando apareció por vez primera *Historia Mexicana* estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras, por entonces instalada todavía en el viejo edificio de Mascarones. Recuerdo vívidamente que mientras esperaba mi tranvía en San Cosme, para matar el tiempo leía los carteles que por aquel tiempo se pegaban con engrudo en las paredes. Como por lo general eran propaganda política o anunciaban espectáculos y alguna novedad, me llamó la atención que uno de ellos anunciara la próxima aparición de una revista. Al igual que algunas de mis compañeras, religiosamente leí los primeros números, por entonces menos enjundiosos que los actuales.

Algunos años más tarde, mi maestro Juan A. Ortega y Medina me acompañó a la sede de El Colegio todavía en aquella casona de una de las esquinas de la Plaza de Río de Janeiro, para presentarme a Luis González y recomendarle lo que sería mi primer artículo en la revista, publicado en el número 37. Curiosamente ese mismo artículo fue el que me abrió las puertas de la institución, pues al tiempo de su publicación recibiría la invitación de don Daniel Cosío Villegas a integrarme a su Seminario de Historia de México en 1960. Al año siguiente, ya como miembro de la institución que estrenaba su primer edificio de la calle de Guanajuato, estuve en el coctel de celebración de los 10 años de *Historia Mexicana*. De manera que mi contacto a seguido los 200 números de la revista, lo que la hace para mí algo familiar y entrañable.

Los 36 primeros números tuvieron editores de lujo, el propio don Daniel Cosío Villegas con la colaboración de Antonio Alatorre, de ahí que hasta artículos mediocres estuvieran bien escritos. Después la chamba completa de *Historia Mexicana* quedó a cargo de otras dos personali-

dades dispares: Luis Muro y Luis González, el uno tan cuidado de formalismos, que nos ofreció aquellos cuidadosos y útiles índices, y el otro Luis, el de *Pueblo en vivo*, tan desenfadado, pero siempre crítico y atinado. De ellos heredé la chamba de la revista en 1964 y 1965.

Por largos años, los que fuimos editores teníamos que ocuparnos de toda la laboriosa tarea de juntar artículos, corregir estilo, galeras y primeras y segundas planas. Era pues un trabajo absorbente y personal, con idas y venidas de la imprenta, siempre acompañados de las tiras largas de las galeras o de las pruebas de plana. Algunas veces los editores lograron que un material interesante mal presentado, adquiriera forma decente. Claro que hubo casos en que se pasó un poco la mano. La mayoría requería la revisión de estilo; otros también la "ayudita" de uno que otro tijeretazo, pero ocasionalmente requerían más. Recuerdo un artículo de unas 20 cuartillas, que me entregó un historiador de Durango, durante un viaje de promoción para la primera generación de Estudios Internacionales por el norte. El pobre artículo corregido por Luis González quedó reducido a menos de la mitad. Gracias a Dios nunca me volví a tropezar con el autor. Otro artículo que me quedó en la memoria se recibió cuando Bernardo García era el editor. Ese sin duda requería un orden general. Para hacerlo, Bernardo recurrió a cortar y pegar párrafos, de manera que terminó con una larguísima tira que hubo que pasar en limpio. Hay que tomar en cuenta que eran tiempos prehistóricos, sin las útiles computadoras, de manera que cada pasada en máquina requería volverse a corregir.

Cuando me volví a hacer cargo de la revista en 1990, las cosas eran diferentes. Heredé la revista de manos de Clara Lida que había llevado a cabo toda una reorganiza-

ción, además de obtener una computadora para la revista. A la colaboración inapreciable de Sarita Rezéndiz, se había agregado la eficiencia de Beatriz Morán y había un Departamento de Publicaciones. Como se recibían automáticamente muchos artículos de todas clases, de manera que había que leerlos para decidir cuáles merecían ser dictaminados; después corregir las traducciones casi siempre hechas por personas que o no conocen bien el español o el vocabulario histórico. En ese sentido recuerdo como pesadilla el trabajo que me dio la traducción del italiano de un artículo larguísimo de Paolo Riguzzi. Por fortuna, trataba de las relaciones México-Estados Unidos durante el Porfiriato, tema que me era familiar, pero que aun así tuve que pedirle a Paolo que se diera una vuelta para que me ayudara a desenmarañar innumerables puntos ininteligibles.

Las dos veces que tuve a mi cargo la revista y cuando fui directora del Centro, me preocupó promover su venta. Aunque siempre ha sido la revista más vendida de la institución, dado que la historia siempre ha contado con el favor del público y los mexicanistas se han multiplicado. Pero segura de que la revista merecía mayor público hicimos una promoción de suscripciones muy baratas para estudiantes de historia y otra de anuncios.

A don Daniel le preocupaba abrir la revista a los historiadores de provincia, como una forma de ponerlos en contacto con nuevas formas de hacer historia y de interpretación. Otra de sus preocupaciones era promover reseñas críticas. Enviaba las obras por reseñar a personas que sabía que diferían de los puntos de vista del autor y permitía que éste las contestara, una práctica que le despertaba interés en las novedades. En algún caso, en que él difería de la versión conservadora de José Fuentes Mares sobre la Reforma, como le tenía especial estimación al autor, para evitar herirlo directamente, firmó su reseña bajo el seudónimo de Rosa Peralta. En este aspecto, creo que *Historia Mexicana* tiene mucho por hacer. Muchos libros importantes quedan sin reseñar o si se reseñan, no lo hacen críticamente.

Pero en general, creo que si tuviéramos la fortuna de que don Daniel estuviera con nosotros, se mostraría satisfecho del desarrollo de nuestra revista. No sólo ha logrado ser foro de nuevos enfoques y temas, sino que los artículos no son simples refritos de bibliografía conocida, sino que utilizan archivos e instrumentos cada vez más sofisticados. Como escribí en otra ocasión, la larga trayectoria de *Historia Mexicana* da cuenta de los cambios de la historiografía mexicana y de su profesionaliza-



ción, a la que sin duda han contribuido tanto el Seminario de Historia Moderna de México como nuestro Centro de Estudios Históricos. Al principio la revista estuvo llena de artículos de escritores, filósofos, periodistas e historiadores aficionados. Tal vez le daban mayor agilidad a su lectura y cabida a mayor número de artículos (de ocho a nueve en los primeros números). En los primeros años, la historia política ocupaba gran parte del espacio, seguida por la historia de las ideas. La *Historia Mexicana* de hoy, muestra la madurez que ha alcanzado la historiografía mexicanista en nuestro país y no sólo en la capital y, desde luego, en el extranjero. En su contenido prevalece una multiplicidad de enfoques y de temas. La misma historia política se ha alejado de aquellos artículos simplemente narrativos. Es posible que don Daniel desaprobara el habernos vuelto demasiado solemnes; desaparecieron del todo los títulos destinados a llamar la atención como "Magdalena la Ingrávida", "¿Dónde está el villano?", "¡Ya viene la bola!", "Los frutos del golpe", "Historia y prejuicio". Tengo que confesar que "Magdalena la Ingrávida" me intrigó tanto que el título me invitó a leer el artículo y aprendí mucho de las relaciones con Estados Unidos durante el Porfiriato.

En cambio, creo que don Daniel estaría satisfecho de saber que algunos números se han agotado de inmediato y de que nos hemos mantenido leales a su formato, que yo sigo encontrando muy versátil, pues cabe hasta en los bolsos femeninos. Ojalá que pronto contemos con el índice de los 200 números, pero a la manera de los dos de Muro, y no el fiasco preparado para los 150. En fin, encuentro muchas razones para celebrar el nuevo cumpleaños de *Historia Mexicana*, su puntualidad, su calidad y me uno a los votos para cuidar sus objetivos: continuar siendo un foro abierto y contribuir al sano desarrollo de nuestra historiografía. €

# Recuerdos para la celebración del número 200 de Historia Mexicana

Lo que se me ha ocurrido para esta celebración es buscar ciertos contrastes entre los números 1 y 200 de la revista. Y para dar el punto medio incluiré también el 100 (que me tocó a mí elaborar) y les platicaré de algunas cosas que ocurrieron alrededor de éste hace veinticinco años. No seré muy serio, así que tampoco me tomen muy en serio.

Del 1 al 200 el aspecto es parecido, cosa poco común. Este verde pálido es como una columna de estabilidad en un mundo turbulento (y no quiero pensar que sea producto de falta de imaginación para crear algo mejor). El 100 pertenece a una edad media desafortunadamente oscura, debida en parte a un descuido mío cuando se mandó hacer una remesa de cartoncillo. Y es que si los detalles no se cuidan los resultados son terribles. Me disculpo haciendo ver que era una época de proteccionismo absurdo, de modo que ya no se importaba el precioso papel del antiguo forro y había que hacer entintar un cartoncillo de mala calidad. Eso no era lo peor. Estaba prohibido importar vino, y hasta apareció —¿recuerdan?— el Grand Marnier con cordón amarillo, hecho en México.

Pero que del 1 al 200 el aspecto sea parecido no quiere decir que se haya respetado una tradición, ya que parte de la esencia de ésta se halla tras la apariencia. Me refiero a la sucesión de los colores del número en cada volumen —anaranjado-verde-morado-azul: un punto de refinamiento rigurosamente respetado en los primeros años. El anónimo diseñador de la revista tuvo ese y otros detalles de verdadera elegancia. Cuando me hice cargo de la revista las reglas de la sucesión se habían olvidado, de modo que mi primera gran satisfacción fue la de poder restaurar el orden. Desde luego no era un asunto académico, pero sí de estilo: si se iba a seguir un modelo tradicional había que

hacerlo bien. Ha habido muchos baches posteriores, y los colores, inocentes como son, nos dicen algo de lo que ha habido detrás. Pero congratulémonos de que el número 200 está apropiadamente impreso con tinta azul.

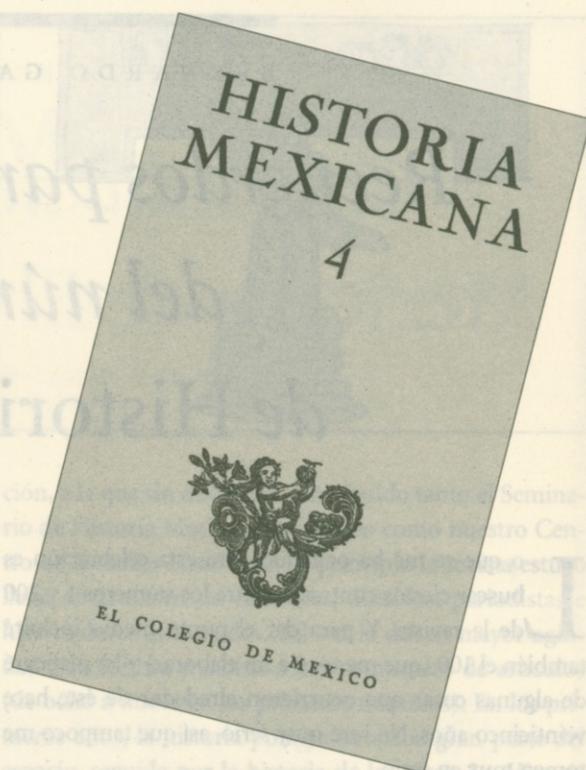
Mas dejemos lo exterior. El 1 abrió con un artículo titulado “Ha nacido Santa-Anna” y sus primeras frases decían así: “El 21 de febrero de 1794, a las ocho de la noche, Orión —diamantino y sanguinoso— y el Navío, luciendo en la proa el fulgor de Canopus, trasponían el meridiano de Jalapa. ...el rojizo Aldebarán era el ojo alerta del Toro, cuyas entrañas palpitaban en la luz de las Pléyades...”. Y seguía por el estilo. Afortunadamente la revista contenía también otros artículos más sobrios que poco a poco marcaron la pauta. Pero su inicio no pudo ser más cursi. En el 200 ya no se usa ese lenguaje (aunque todavía se oyen sus ecos en algunos rincones). Ahora los rebuscamientos (que vaya si los hay) son distintos.

A pesar de todo, en el 1 la redacción era admirable. Cursis y sobrios por igual eran correctos en el lenguaje. Es evidente que el anónimo encargado de la redacción —quien quiera que haya sido— conocía su trabajo, mas por encima de ello está el hecho de que en esa época había un gran respeto por el lenguaje escrito. En 1951 hasta el más ordinario anuncio en una modestísima revista de labores femeninas estaba bien redactado. Consideren éste: “Disculpe la osadía de recordarle —con perdón de la palabra— que la flatulencia causada por exceso de acidez en el estómago se alivia pronto con la *Magnesia Bisurada*: es una receta simple pero eficaz”. También los comics tenían una redacción admirable. Hoy, en cambio, desde los anuncios hasta los textos legales y desde las fotonovelas hasta el más respetable volumen de memorias científicas, predomina un lenguaje escrito ignorante de la gramática, la sintaxis y

la concordancia y, lo que es peor, plagado de una distribución irracional de comas: comas donde no las debe haber y comas donde debe haber puntos, o no comas donde sí debe haberlas. Eso es una tortura para cualquier pensamiento articulado, y lo considero un mal peor que el de frases muy en boga como “apertura su cuenta para acceder al dispensador de efectivo” y “aplican restricciones”. Estas aberraciones son producto de la superficialidad y la ignorancia; las otras no tienen justificación. Pero volvamos a lo nuestro. Entre el 1 y el 200 ha habido altas y bajas, pero la decadencia del español escrito cala hondo. Un par de números antes del 200 aparecieron estas discretas líneas al pie de una página: “Nota: por petición de la autora, [coma] no se hizo corrección de estilo, [coma] sólo se modificó de acuerdo con las normas editoriales de la revista”. La ocurrencia de esa astuta y sabia autora nos ha dejado no sólo una lección útil, sino también un elocuente testimonio.

¿Por qué ocurre esto? Creo que se debe a los nefastos “correctores de estilo”, cuyo oculto poder los ha colocado como personajes oficialmente indispensables, siendo que son extraoficialmente irresponsables. En tiempos del número 1 no era así. Veamos su nómina de responsables: las seis personas de un Consejo de Redacción. No creo que se repartieran el trabajo como un buen equipo. Quién entre ellos se ocupaba realmente de que la revista saliera a la luz es algo que no sabemos, pero eso era parte del encanto de aquellos tiempos. Veamos ahora el número 200 y su correspondiente nómina: 56 personas, en varias categorías, más el personal oculto del manejo editorial. Sé que hay exigencias administrativas que explican en parte esa multitud, pero también sé que hay otros significados de tipo, digamos, político. Claro, son signos de nuestros tiempos. Sin embargo, no dejo de pensar en que una de las revistas más inteligentes y bien escritas de nuestros días, *The Economist*, se publica como un producto corporativo en el que no aparece el nombre de ningún individuo.

Cuando apareció el número 100 estábamos en una situación más o menos intermedia, pues éramos once. Tal vez no hubiéramos podido ser más ni queriendo, porque el gremio de los historiadores profesionales era todavía pequeño. Así, un artículo del número 100 dio razón de los cien alumnos surgidos de toda la trayectoria del Centro de Estudios Históricos y de sus cien maestros. Tal vez hubo uno o dos más o menos, pero eso no se dijo: era bonito que figuraran cien más cien ya que se trataba del número 100, y el artículo tenía desde luego cien notas. Esas cuentas alegres formaban parte de las delicias de esa historia profesional que era y no era completamente profesional, aunque, claro, estas expresiones son muy relativas.



Pero lo significativo es que, al producir el número 100, estábamos, creo, más cerca de la realidad del 1 que de la del 200, y no sólo por el número de los involucrados sino por otras muchas cosas. Tanto el 1 como el 100 nacieron en la máquina de escribir [y aquí saco de abajo de la mesa la máquina Olivetti con que se hacía la revista], se formaron con linotipo, y se revisaron con la sucesión aparatosa de galeras, contras y planas. Previamente había que arreglar la redacción de los textos con tachones y flechas —aunque para el 100 ya se contaba con la gran ayuda de los parches engomados y el apreciado *Liquid Paper* [muestro una hoja de parches Tuk-Stik, otra de papel carbón Kores y una más de papel aéreo de El Colegio con la dirección “Guanajuato 125, Tel. 33-29-31”: todo el material de trabajo de esos tiempos]. Ni nos imaginábamos los procesadores de palabras, que no llegaron a El Colegio sino hasta nueve o diez años después, y, en el inter, creo que nunca tuvimos una máquina de escribir eléctrica. El Departamento de Publicaciones era algo relativamente nuevo. Antes de eso, nada: la revista la llevaba uno mismo a la imprenta. A mí me tocó, por primera vez, una secretaria exclusiva para *Historia Mexicana*: primero fue Sara Audelo; luego Sara Reséndiz, que sigue entre nosotros y a quien dedico mi más afectuoso recuerdo. Entre el 100 y el 200 la dis-

tancia es mayor: los cambios tecnológicos han sido enormes, el crecimiento y la profesionalización del gremio de los historiadores ha sido exponencial, y los recursos, dígame lo que se diga, han crecido mucho más de lo que nos hubiéramos imaginado.

Pero si bien entre el 1 y el 100 hubo cercanías, también hubo distancias. El 100 ya había dejado atrás lo que podríamos llamar el estilo de los tiempos antiguos. En ellos no se llevaba correspondencia ni registro de nada. Si llegaba algún manuscrito inaceptable simplemente se tiraba a la basura, y fin del asunto. Creo que a mí me tocó, por primera vez, escribir una atenta carta para decirle a alguien que no. El Consejo funcionaba según. De algún modo se seleccionaba el material, pero no me acuerdo cómo, y de hecho la decisión la tomaba una persona, misma que terminaba por hacer todo o casi todo: una labor tan simple como difícil. Un buen día alguien decidió ponerle título a esta persona y provocó discusiones que duraron algún tiempo. A mí me tocó ser “redactor”, aunque hubiera preferido “editor” (lo que para mí es un anglicismo bueno y deseable). Títulos más o títulos menos, las discusiones reflejaban cambios generacionales, y también pareciera como si la revista estuviera alcanzando su *coming of age*.

Pero los tiempos antiguos no se quedaban atrás tan fácilmente. La producción no era tan nutrida como hoy y a veces era un triunfo llenar los números, máxime que los requisitos de calidad crecían —y ya no se recurría a la rica veta de la astronomía poética y las constelaciones diamantinas. Había que buscar contribuciones académicamente sólidas e invitar a posibles autores, lo cual era un arma de dos filos. En una ocasión tuve que aceptar un manuscrito que no era del todo malo, pero estaba tan desorganizado y mal escrito que no tenía pies ni cabeza. Lo leí diez veces, busqué el modo de arreglarlo, y con unas tijeras corté pedazos de arriba para poner abajo y pedazos de en medio para poner por aquí y por allá. Desde luego tuve que renumerar las notas manualmente. Las partes, unidas con cinta adhesiva, formaron una notable tira de cuatro metros que conservo como recuerdo [la muestro y aviento para que se desenrolle]. El artículo quedó casi precioso, y la revista salió digna y de buen tamaño. Creo que no exagero si digo que a ese número le dediqué un total de 350 horas.

Uno de los últimos eventos memorables de los tiempos antiguos involucró a una caja de zapatos repleta de tarjetas manuscritas. Éstas estaban dispuestas conforme a algo que igual podría llamarse orden que desorden, y llegaron a mi puerta como una contribución para la revista de

parte de una persona eminente en la profesión, muy eminente. A una figura así no se le podía decir que no. El Consejo, discretamente, hizo mutis. Tuve la opción de volver a agarrar la cinta adhesiva y sacar algo coherente de ese montón de fichas semilegibles, pero esa vez no lo hice y devolví la caja de zapatos a la persona que me la envió. No me acuerdo si me contestó. Creo que no lo hizo.

Cuando apareció el 100 las cosas ya marchaban por mejor cauce. Los tiempos antiguos se estaban borrando, y también sus peculiares extravagancias. Cada día había más producción, se podía elegir con mayor margen, y ya era costumbre entablar correspondencia con los autores para que hicieran ellos los arreglos pertinentes. En todo este profesionalismo ya estábamos más cerca del 200 que del 1. También podía yo compartir algunas decisiones con el Consejo dentro de un procedimiento más formal, y eso funcionó bastante bien por algún tiempo.

Para terminar señalaré un contraste entre los números 1 al 100 y los números 101 al 200. No lo hago para corregir la simetría de las centenas, sino para hacer notar dos detalles. El primero es que la aparición del 101 coincidió con la mudanza de El Colegio a este edificio del Camino al Ajusco. Fue como cosa de brujería, porque si se ha planeado no sale. El segundo es que en el 101 introduje un cambio en la forma de presentar las referencias bibliográficas de pie de página, forma que se ha mantenido hasta el 200. Ahora bien: quiero hacer notar que esa fue la decisión más errónea que tomé. No es que no fuera necesario introducir un sistema nuevo, pues se usaba uno muy anticuado y poco eficiente, pero el que adopté a cambio era igualmente poco eficiente. Lamento que nadie me haya disuadido de esa elección, ya que fue uno de los asuntos que sí consulté con el Consejo. Lo triste es que había —y hay— un sistema mejor, más sencillo, directo y conveniente para el lector. Me refiero a que es preferible dar la referencia abreviada del título —inmediatamente reconocible— en lugar de una fecha de publicación que a primera vista no dice nada. Desgraciadamente el dar la referencia por fechas era la moda de aquellos tiempos y me dejé llevar por ella. No me di cuenta de sus fallas sino hasta después. Debí de haber corregido el error, pero no lo hice, y tampoco lo han hecho otros. No sé por qué.

Terminaré formulando dos deseos en materia de estilo: el primero es que ojalá y con el 201 se inicie un cambio de estilo en las notas de modo que mi gran error del 101 se vaya al olvido. Y el segundo es que *Historia Mexicana* conserve el estilo, y que lo demuestre imprimiendo su número con el color que le toca: anaranjado. €

# Historia Mexicana

## en su cincuentenario

Con el número 200, *Historia Mexicana* festeja sus cincuenta años. Ésta es una edad particularmente significativa, porque en la historia de nuestra vida cultural y académica el que una revista especializada de alto nivel alcance medio siglo de existencia ininterrumpida es una hazaña que debemos celebrar sin falsa modestia. En efecto, no conozco en el mundo hispánico, en nuestra disciplina, otro caso semejante.

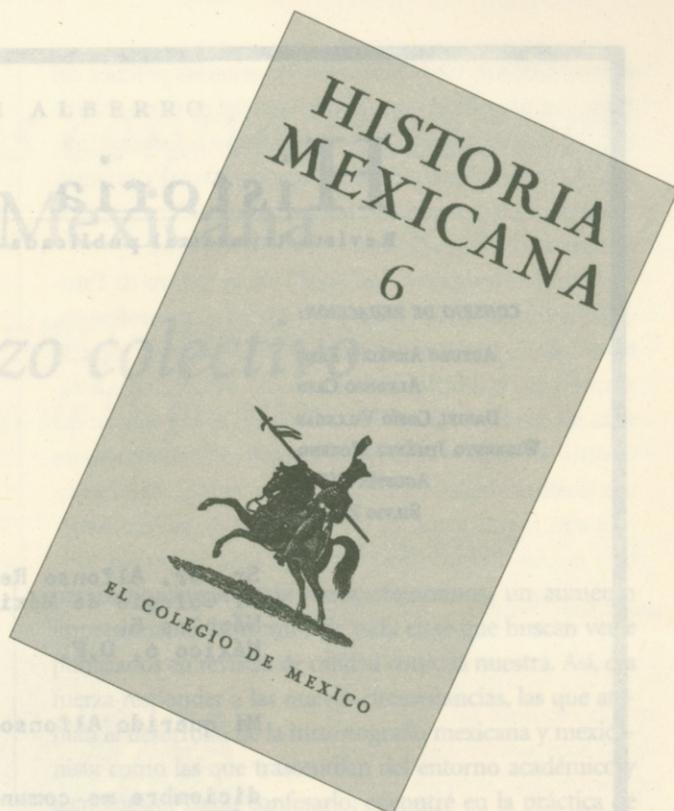
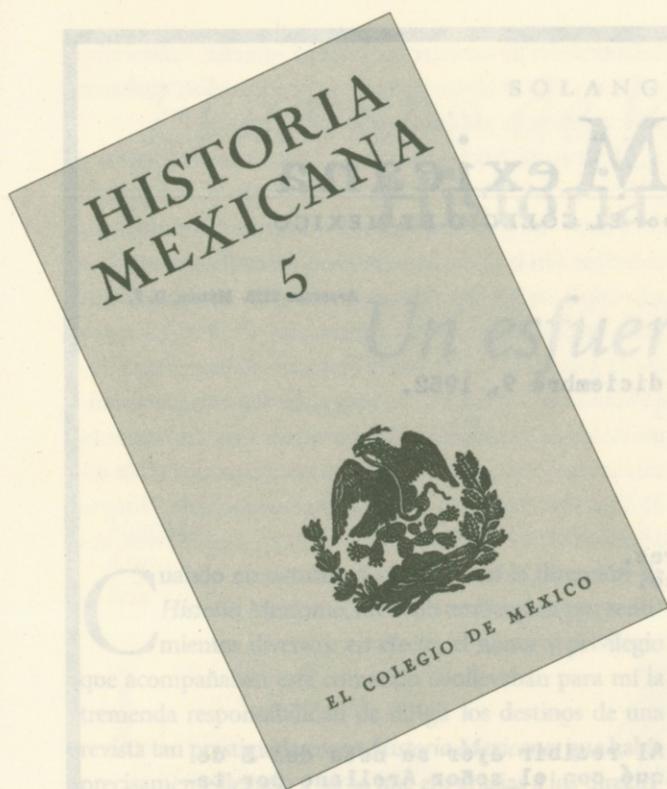
Aunque la historia es ampliamente conocida, no está de más volver la vista atrás para reflexionar sobre las dificultades y los triunfos cotidianos, pues de estas cinco décadas se desprenden varias lecciones importantes sobre los obstáculos inherentes a toda empresa editorial de la envergadura de *Historia Mexicana*, y varias enseñanzas fundamentales sobre los objetivos que deben guiar a quienes se preocupan por encauzar una publicación periódica a buen puerto.

*Historia Mexicana* se fundó como una publicación independiente y autónoma. Con esto quiero decir que esta revista no estuvo atada a los hilos ideológicos o metodológicos de ninguna doctrina o escuela, sino que se abrió a todos los aires que oxigenaban el conocimiento histórico. Al fundarse, tampoco dependió directamente de las autoridades de la institución: ni de la presidencia de El Colegio ni de la dirección del Centro de Estudios Históricos (CEH). Por el contrario, *Historia Mexicana* se creó inicialmente al margen del Centro con el que luego se la vinculó, ya que se fundó en 1951 por iniciativa de Daniel Cosío Villegas, cuando el CEH, bajo la dirección nominal de su fundador, Silvio Zavala, entraba en un largo periodo de inactividad. Así pues, la revista y el Centro al principio se mantuvieron desligados entre sí, aunque sus actividades corrieran paralelas. En otras palabras, don

Daniel nunca concibió esta revista como órgano de difusión de un centro determinado ni como una publicación al servicio de un pequeño grupo colegial, sino como una revista especializada de El Colegio, abierta a las mejores plumas y cabezas en el campo, fuera cual fuera su origen institucional y nacional. Se trataba de garantizar la calidad y la independencia y no de sojuzgar el trabajo intelectual a intereses caseros o particulares.

Por razones que no vienen a cuento en estas páginas, *Historia Mexicana*, después de que Daniel Cosío Villegas abandonó su dirección, sufrió altibajos diversos. Sin embargo, la enseñanza dejada por los fundadores era clara: una revista, además de tener libertad y autonomía, debía estar en manos muy competentes. Baste recordar la composición del primer consejo de redacción de la revista, formidable por sus talentos: Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala. Para Daniel Cosío Villegas era claro que el director de una revista debía ser un académico de reconocido prestigio y del más alto nivel, entregado de lleno a su tarea, con experiencia editorial previa, con sólidos contactos nacionales e internacionales en el campo, familiarizado con la disciplina en el sentido más amplio y menos provinciano, y de seriedad y profesionalismo reconocidos. Además era indispensable que existiera un consejo asesor compuesto por figuras muy destacadas y profesionalmente inobjectables, independientemente de la institución a la que pertenecieran.

Es muy difícil imaginar que en nuestros días las revistas académicas puedan ser absolutamente autónomas; pero también es evidente que hay un cierto desiderátum obtenible. Así, las autoridades que manejan y deciden los presupuestos para el desarrollo de la investigación cien-



tífica debieran de dar el respaldo más total a las revistas que se han distinguido por su profesionalismo y alto nivel, ya que una revista no funciona sólo por la buena voluntad y dedicación de una persona, sino que es una empresa académica colectiva de envergadura que debe de contar con los apoyos requeridos para seguir desarrollándose.

Por su parte, una revista de la talla de *Historia Mexicana* tiene ciertas obligaciones: obtener las mejores colaboraciones dentro de la disciplina, mantener las normas y pautas más estrictas en la selección de las colaboraciones aceptadas, fomentar la riqueza y multiplicidad de enfoques—sin sectarismos, provincianismos ni chauvinismos—, y buscar los enfoques y perspectivas que contribuyan al diálogo más abierto, más amplio y más enriquecedor. El objetivo es simple: publicar trabajos sólidos, novedosos, originales, sustentados en una investigación rigurosa que contribuya a renovar la disciplina.

Estas fueron las lecciones del pasado que quise recoger entre 1989 y 1991, al hacerme cargo de la dirección de la revista. Asimismo, intenté también introducir algunas novedades, como la creación de una sección que estimulara el debate historiográfico, tan raro en el mundo hispánico.

Además, se trató de buscar una apertura a la historia comparada que situara a México en su hábitat histórico por antonomasia: Latinoamérica, y logramos programar periódicamente números monográficos a cargo de especialistas en cada tema.

Cuando la doctora Josefina Z. Vázquez me sucedió en el puesto, algunas de estas tendencias habían quedado estipuladas y tanto ella, primero, como con su sucesora hasta hoy, la doctora Solange Alberro, profundizaron y mejoraron ese esquema, acentuando crecientemente el prestigio y el éxito de esta empresa historiográfica. Posiblemente queden aún otras asignaturas pendientes, que conocen mejor que nadie quienes actualmente dirigen la revista. Pero lo innegable es que al cabo de cincuenta años el camino no sólo está trazado, sino también construido y que, en adelante, la labor será seguir mejorándolo para que se siga avanzando con paso seguro.

Por todo esto, me es grato sumarme a este festejo y felicitar no sólo a *Historia Mexicana* en sus cincuenta años, sino a todas las revistas que están representadas en este número 200 para que continúen caminando juntas, enriqueciendo los caminos de la investigación histórica en México. €

# Historia Mexicana

Revista trimestral publicada por EL COLEGIO DE MEXICO

**CONSEJO DE REDACCIÓN:**

ARTURO ARNÁIZ Y FREG  
ALFONSO CASO  
DANIEL COSÍO VILLEGAS  
WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO  
AGUSTÍN YÁÑEZ  
SILVIO ZAVALA

APARTADO 2123. México, D. F.

diciembre 9, 1952.

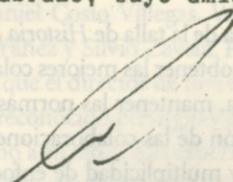
Sr. Dr. Alfonso Reyes.  
El Colegio de México.  
Nápoles 5,  
México 6, D.F.

Mi querido Alfonso:

Al recibir ayer su nota del 5 de diciembre me comuniqué con el señor Arellano por teléfono para aclararle que los únicos fondos que pueden y deben pedirse a la Fundación Rockefeller para el semestre lo. de 1953, es el estipendio para un director del Seminario, puesto que el resto de las erogaciones lo cubren fondos de El Colegio de México, del Banco de México y el donativo de Don Víctor Urquidí.

En los primeros días de junio del año próximo le presentaré a usted con oportunidad el presupuesto que debe pedirse a la Fundación para el 2o. semestre de ese año.

Con un abrazo, suyo amigo.



Daniel Cosío Villegas

DCV/meh.-

# Historia Mexicana.

## Un esfuerzo colectivo

Cuando en octubre de 1992 recibí la dirección de *Historia Mexicana*, me sentí embargada por sentimientos diversos: en efecto, el honor y privilegio que acompañaban este cometido conllevaban para mí la tremenda responsabilidad de dirigir los destinos de una revista tan prestigiada como *Historia Mexicana*, que había precisamente llegado a ser lo que era gracias a los directores, redactores y consejos que me habían antecedido. ¿Sabría yo, que me había limitado hasta entonces a rondar archivos y fondos reservados, continuar esta exitosa obra colectiva de varias décadas? De ahí mi inmediata convicción: mi papel debía limitarse a respetar y, hasta donde pudiera, desarrollar la ya sólida personalidad de *Historia Mexicana*. Por tanto, debía rehuir los cambios drásticos y las novedades intempestivas que violentan y desfiguran demasiadas veces los monumentos, símbolos, las obras e instituciones más respetadas.

Pero al mismo tiempo, era imprescindible adaptar la revista a la situación que imperaba en esta última década del siglo xx. En efecto, y mis antecesores lo acaban de recordar, los principios de *Historia Mexicana* eran muy distintos de lo que vivíamos ahora. Si durante muchos años fue necesario solicitar colaboraciones de historiadores o de especialistas de disciplinas afines, ahora recibimos una gran cantidad de artículos de autores mexicanos y extranjeros —un promedio de uno semanal—, los que abarcan campos y versan sobre temas sumamente diversos, de acuerdo con el desarrollo notable de la historiografía.

Por otra parte, los tiempos heroicos y artesanales se habían esfumado y la computadora —que sustituyó ventajosamente a la máquina de escribir, el liquid paper, los parches, etc., como nos lo acaba de recordar Bernardo García Martínez—, también propició, junto con las presio-

nes institucionales que todos conocemos, un aumento impresionante de escritos de toda clase que buscan verse publicados en revistas de calidad como la nuestra. Así, era fuerza responder a las nuevas circunstancias, las que atañían al desarrollo de la historiografía mexicana y mexicana como las que trascendían del entorno académico y tecnológico. Debo confesarlo, encontré en la práctica de mis predecesores y en el acervo de herramientas propuesto por la misma *Historia Mexicana*, los útiles y mecanismos necesarios para enfrentar estos retos. Así, el extenso surtido de rúbricas tales como advertencias, prólogos, presentación, artículos, comentarios, reseñas, debates, etc., permitió dar cabida a toda clase de colaboraciones, las que fueron siempre leídas y aprobadas por dos dictaminadores escogidos entre los miembros de los tres consejos editoriales o cuando el caso lo requirió, entre especialistas tanto nacionales como extranjeros.

Muchos textos publicados desde 1992 han sido escritos por desconocidos, la mayoría de ellos jóvenes, algunos alumnos de nuestro programa de doctorado. Esta no resulta ser ninguna novedad y si hojeamos los números de *Historia Mexicana* de los primeros años e incluso más adelante, nos topamos con los nombres de quienes eran también alumnos y hoy son destacados historiadores o reconocidos especialistas en alguna ciencia social. Tampoco es una novedad la notable difusión de nuestra revista: todos los directores y redactores se dedicaron a promoverla en México y en el extranjero y hace algunos años, Dorothy Tanck de Estrada llevó a cabo una exitosa campaña de suscripción a *Historia Mexicana* en la mayoría de las universidades norteamericanas. Por mi parte, a raíz de las orientaciones socioeconómicas en México y en la mayoría de los países latinoamericanos y

centroeuropeos, traté de ampliar la ventajosa práctica del canje que permite el intercambio esencial de conocimientos. Así, nuestra revista llega masivamente a Estados Unidos, de manera sustancial a Europa occidental y oriental, creciente a Latinoamérica y puntual aunque regularmente a países de Extremo Oriente, Australia, etcétera.

*Historia Mexicana* es publicada por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y sus profesores, investigadores y alumnos encuentran en ella un espacio natural para la difusión de sus trabajos. Sin embargo la revista no resulta ser meramente el espejo ni el portavoz del Centro, al acoger una mayoría notable de colaboraciones extrainstitucionales tanto nacionales como extranjeras. Más aún, la autonomía de la revista siempre ha sido respetada por las diversas direcciones del Centro y por la misma presidencia de El Colegio, quienes fuera de alguna

colaboración de carácter secundario —reseña, testimonio, etc.—, no sólo se abstuvieron de intervenir en su quehacer sino también de publicar sus propios trabajos.

Finalmente, huelga recalcarlo, una revista trimestral y puntual, con un tiraje de 1 000 ejemplares —y muy pronto de 1 500— no puede ser sino el resultado de un esfuerzo colectivo. Sin la dedicación de Sara Reséndiz por muchos años, de Rosa María Valdés algún tiempo y de Graciela San Juan actualmente; del Departamento de Publicaciones ahora a cargo de los eficientes Francisco Gómez Ruiz y José María Espinasa; sin la colaboración fiel aunque anónima de los dictaminadores de nuestra casa, de instituciones mexicanas y extranjeras y la de nuestra imprescindible redactora, Beatriz Morán, verdadera memoria de *Historia Mexicana* desde 1989, no sería posible mantener joven, activa y hasta atractiva a nuestra cincuentona revista. ☺





menius, a Leibniz, y a todos aquellos que, como Spinoza, estaban convencidos de que las discrepancias y errores humanos acabarían si todos los hombres se comunicasen entre sí con un lenguaje compartido. El esperanto es uno entre una docena de construcciones sistemáticas de una lengua mundial. Hoy, por primera vez, esta lengua mundial inunda el planeta. Es el angloamericano, que —en virtud de su dominio económico, comercial, tecnológico y de los medios de comunicación— pronto hablarán tres quintas partes de la especie humana como primera o segunda lengua. Todos los ordenadores se basan en el angloamericano, lo cual refuerza enormemente la codificación de todas las otras lenguas en un angloamericano básico.

Los beneficios son evidentes. Se facilitan enormemente el comercio internacional, el progreso conjunto de la ciencia y de la tecnología, el almacenamiento y accesibilidad de la información, la organización del ocio y del deporte a escala global y el viajar. Un piloto turco aterriza sin problemas cuando habla el angloamericano con un controlador aéreo japonés. En la India, los especialistas en oncología, divididos de otro modo por unas cuatrocientas lenguas, pueden trabajar juntos hablando inglés. Mediante el angloamericano los satélites de comunicación pueden contribuir a superar el fanatismo político e ideológico y la censura de regímenes retrógrados y despóticos. La reclusión en solitario del espíritu humano se está convirtiendo en algo cada vez más difícil de imponer.

No son menos evidentes los peligros, las pérdidas. Cuando muere un idioma, muere con él un enfoque total —un enfoque como ningún otro— de la vida, de la realidad, de la conciencia. Cuando un idioma es arrasado o reducido a la inutilidad por el idioma del planeta, tiene lugar una disminución irreparable en el tejido de la creatividad humana, en las maneras de sentir el verbo esperar. No hay ninguna lengua pequeña. Algunas lenguas del desierto del Kalahari tienen más matices sobre el concepto de futuro, del subjuntivo, que aquellos de los que disponía Aristóteles. Lejos de ser una maldición, Babel ha resultado ser la base misma de la creatividad humana, de la riqueza de la mente, que traza los distintos modelos de la existencia. (He intentado demostrar esto en toda mi obra.) De modo incluso más drástico que la actual destrucción de la flora y de la fauna, la eliminación de las lenguas humanas —se calcula que podrían quedar unas cinco mil de las veinte mil que existían hasta hace poco— amenaza con vulgarizar, con estandarizar los recursos internos y sociales de la raza humana.

Por lo tanto, no me consta que haya un problema más urgente que el de la preservación del don de lenguas del Pentecostés, el de la *défense et illustration*, por usar una expresión conocida del Renacimiento, de cada idioma sin excepción, por muy reducido que sea el número de sus hablantes, por muy modesta que sea su matriz económica y territorial. Aprender un idioma, leer sus clásicos, contribuir a su supervivencia, aunque sea en modesta medida, es ser más que uno mismo.

Y sin embargo aquí subyace una contradicción. La autonomía lingüística, la determinación de sus hablantes de preservar su identidad, de mantener vivo su patrimonio presionado por un orden planetario cada vez más estandarizado, también es fuente de odio y de violencia. Poco más de medio siglo después de las masacres y barbaridades suicidas de dos guerras mundiales, cunden los conflictos étnicos en nuestra Europa. En ellos, los idiomas juegan un papel decisivo y atávico. La limpieza étnica —una expresión espantosa— a menudo es organizada y desencadenada alrededor de la limpieza lingüística. Los intereses racistas y totalitarios prohíben la enseñanza, la publicación en lenguas minoritarias. Intentan arrancar de cuajo la fuerza de los recuerdos y de la esperanza inherentes a un idioma. No es en Oviedo donde debo decir más sobre los Balcanes, sobre Irlanda del Norte o sobre tragedias más cercanas a este lugar.

¿Cómo resolver estas contradicciones fatídicas? ¿Cómo conciliamos el instrumento imprescindible de la creatividad humana y de la dinámica de la historia, implícita en un idioma, con la necesidad igualmente imprescindible de la convivencia, de la tolerancia étnica y de la cooperación? Sólo la educación, sólo el multilingüismo permitido, alentado en la primera infancia, en las escuelas primarias, ofrece alguna posibilidad de solución. Esta paradoja y problema inextricable tiene una especial importancia inmediata aquí, precisamente, porque el español sólo es superado hoy en día por el angloamericano en cuanto a su carácter expansionista —he ahí el ejemplo de los Estados Unidos Hispanos— y, sin embargo, sufre a la vez amargos conflictos internos y reivindicaciones independentistas locales y el *apartheid*.

No tengo ninguna solución. Un idioma criollo global de los medios de comunicación basado en el inglés americano es una perspectiva demoledora. Igual de demoledora es la continuación de los regionalismos encendidos y odios lingüísticos. Que los que son más sabios que yo traten esta cuestión. Es urgente. €

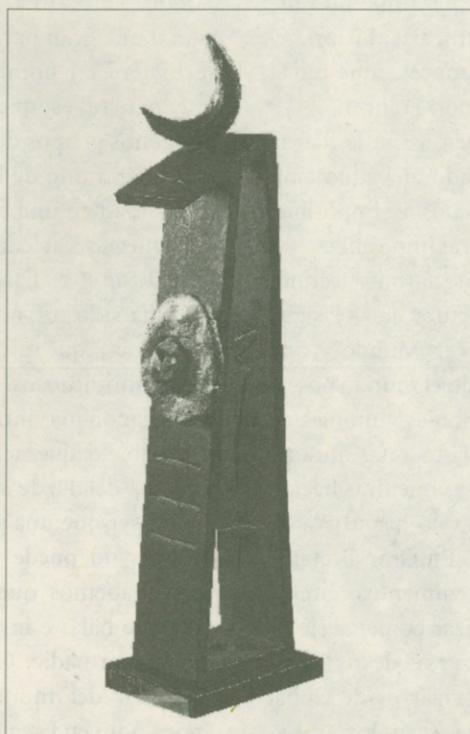
# La fragmentación de la cultura

## Palabras de la escritora Doris Lessing en la entrega de los premios

Majestad,  
Alteza,  
Sras. y Sres.,

Érase una vez un tiempo —y parece muy lejano ya— en el que existía una figura respetada, la persona culta. Él —solía ser él, pero con el tiempo pasó a ser cada vez más ella— recibía una educación que difería poco de un país a otro —me refiero por supuesto a Europa— pero que era muy distinta a lo que conocemos hoy. William Hazlitt, nuestro gran ensayista, fue a una escuela a finales del siglo XVIII cuyo plan de estudios era cuatro veces más completo que el de una escuela equiparable de ahora: una amalgama de los principios básicos de la lengua, el derecho, el arte, la religión y las matemáticas. Se daba por sentado que esta educación, ya de por sí densa y profunda, sólo era una faceta del desarrollo personal, ya que se esperaba de los alumnos que leyesen, y así lo hacían.

Este tipo de educación, la educación humanista, está desapareciendo. Cada vez más los gobiernos —entre ellos el británico— animan a los ciudadanos a adquirir conocimientos profesionales, mientras no se considera



útil para la sociedad moderna la educación entendida como el desarrollo integral de la persona.

La educación de antaño habría contemplado la literatura e historia griegas y latinas, y la Biblia, como la base para todo lo demás. Él —o ella— leía a los clásicos de su propio país, tal vez a uno o dos de Asia, y a los más conocidos escritores de otros países europeos, a Goethe, a Shakespeare, a Cervantes, a los grandes rusos, a Rousseau. Una persona culta de Argentina se reunía con alguien similar de España, uno de San Petersburgo se reunía con su homólogo en Noruega, un viajero de Francia pasaba tiempo con otro de Gran Bretaña y se

comprendían, compartían una cultura, podían referirse a los mismos libros, obras de teatro, poemas, cuadros, que formaban un entramado de referencias e informaciones que eran como la historia compartida de lo mejor que la mente humana había pensado, dicho y escrito.

Esto ya no existe.

El griego y el latín están desapareciendo. En muchos países la Biblia y la religión ya no se estudian. A una



# Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX\*

Hace cincuenta años, cuando en 1951 apareció *Historia Mexicana*, casi no había otras revistas históricas. Acababa de reaparecer el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, y se publicaban el *Boletín del Archivo General de la Nación*, los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* y las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. A pesar de ello, algunos historiadores vinculados a la UNAM y a la Academia de la Historia —pienso sobre todo en Alberto Ma. Carreño—, criticaron su nacimiento, alegando que era una revista de “mal gusto”, una auténtica “sopa de letras”, sin orden, rigor ni concierto, que para colmo, y de manera significativa, había puesto como viñeta en su primera portada un sello de la inquisición, lapsus que reflejaba su vocación por silenciar la verdad. La analogía era pedestre y poco imaginativa: si la Inquisición había sido una institución “atormentadora”, la nueva revista se proponía “atormentar a la historia mexicana”.<sup>1</sup>

A pesar de tan negros augurios, *Historia Mexicana* creció y se consolidó. En 1976 cumplió sus primeros veinticinco años, y el número 100 fue dedicado a analizar la historia de la revista y del centro que la auspiciaba. Aquel número emblemático dio lugar a una reflexión autocelebratoria y autocomplaciente. En un ambiente poco adecuado para la labor académica conjunta, el Centro de Estudios Históricos fue llamado “nido”, metáfora que aludía a su aislamiento. Hoy, veinticinco años después, el número 200 de *Historia Mexicana* se dedica al análisis de las

otras revistas académicas de historia publicadas en el país.

Las efemérides importantes suelen servir para la autocelebración o para la reflexión analítica. En este caso, sin embargo, decidimos aprovechar la ocasión para hacer una aportación y varios actos de justicia. Me explico: estamos convencidos de que presentar una historia colectiva de las principales revistas de historia que se publican en el país servirá como una perspectiva ideal para acercarse a la historia de la historiografía mexicana contemporánea, pues quedará mejor definido el proceso de profesionalización de la disciplina, su crecimiento institucional, los cambios en los temas de estudio y en las perspectivas de análisis, así como el creciente rigor de sus métodos y técnicas. De otra parte, narrar la historia de todas estas revistas, con trabajos elaborados por colegas involucrados en ellas, servirá para hacer el balance del estado actual de nuestra historiografía, así como para realizar evaluaciones particulares y autocríticas de cada una de estas publicaciones. Esto es, además de los avatares y vicisitudes sufridas por estas revistas, en el número que hoy presentamos también salen a la luz su problemática actual y sus posibilidades futuras. Así, acaso este número tenga efectos prácticos y pueda servir para el mejoramiento de las publicaciones aquí descritas y analizadas.

Organizado sobre el orden cronológico de la aparición de las principales revistas en activo dedicadas a la historia, y salvo un error en la colocación de las revistas hermanas *Estudios de Cultura Náhuatl* y *Estudios de Cultura Maya*, pues en realidad es dos años mayor la primera, el panorama ofrecido es considerablemente completo. Como editores, nuestro miedo desde que se planeó el número era incurrir en omisiones lamentables. A pesar de todas nuestras prevenciones y cuidados, reconocemos que debieron

\* Palabras leídas por su autor en la presentación del número 200 de *Historia Mexicana*, en El Colegio de México, 20 de septiembre de 2001.

<sup>1</sup> Alberto María Carreño, “Crítica y perjuicio”, en *El Universal*, 13 de julio de 1951, pp. 3 y 10.



haber figurado cuando menos otras tres publicaciones seriadas: la *Revista de Historia de América*, aparecida en 1938 por iniciativa de Silvio Zavala y publicada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. A pesar de su carácter continental, es un hecho que durante años sirvió como único laboratorio en el que se formaron, redactando notas y reseñas, varios de los jóvenes historiadores de entonces; también es de lamentarse la ausencia de *Cuadernos Americanos*, fundada en 1942 por Jesús Silva Herzog con la colaboración de varios españoles y centro y sudamericanos asilados en México. Aunque sus preocupaciones mayores eran políticas, culturales y literarias, *Cuadernos Americanos* siempre ha tenido una sección dedicada a la historia, titulada "Presencia del Pasado". La tercera, *Mexican Studies*, revista bilingüe y biinstitucional publicada por la Universidad de California –plantel Irvine– y por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, tiene ya 16 años de existencia y en ella claramente dominan los estudios de carácter histórico.

El objetivo central de este número 200 es abrir una nueva ventana hacia la historia de la historiografía moderna y contemporánea de México; esto es, estudiarla a través de sus revistas. Las perspectivas son múltiples: puede estudiarse cada revista por separado, pero también pueden analizarse colectivamente, según sus contenidos o por sus

periodos de fundación. Sus limitaciones también son varias: una historia cabal de las revistas de historia tendría que contemplar también a las ya desaparecidas. Por ejemplo, los venerables *Anales del Museo Nacional*, el injustamente menospreciado *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda* y el *Anuario de Historia*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tendrían que contemplarse algunas revistas doctrinarias, como la memorable y singular *Historia y Sociedad*, de abierta orientación marxista, que dirigida por Enrique Semo y Roger Bartra, sacó 40 números entre 1965 y 1981. También tendrían que considerarse las muchas y casi inaccesibles publicaciones efímeras, como aquella que publicara Alberto Ma. Carreño, llamada *Divulgación Histórica*. Obviamente, también tendrían que contemplarse las revistas estudiantiles, en las que siempre colaboran los profesores más estimados por los jóvenes: pienso, entre muchas otras, en *Historia Nueva*, animada en la segunda mitad de los sesenta por Roberto Moreno de los Arcos, y más recientemente en una llamada, lúgubrememente y a contrapeño del ánimo juvenil, *Epitafios*. También tendrían que analizarse las publicaciones sectoriales, como *El Legionario*, imprescindible para la historia de la Revolución Mexicana, así como las revistas locales, las marginales y hasta las de divulgación, como *Arqueología Mexicana*. Sobre to-

do, tendrían que analizarse también las grandes revistas político-culturales, como *Plural*, *Vuelta*, *Nexos* y *Letras Libres*, por el enorme número de artículos históricos publicados en ellas. En efecto, todas, absolutamente todas, forman parte de la historiografía mexicana. Asimismo, todas, absolutamente todas, han ayudado a conformar y delinear nuestra actual cultura histórica.

Lo sabemos, o lo suponemos: las revistas implican un enorme trabajo de quienes las editan. Exigen puntualidad, ánimo conciliador y capacidad organizativa; para colmo, pocas veces son empresas rentables, por lo que obligan al embarazoso pedir, a suplicar incluso, la colaboración de otros, tanto académica como económica. Publicar revistas es más que un oficio; es una vocación. Este número 200 sirve también para rememorar a aquellos que, poseedores de esa vocación, la que en algunos parecía más bien un auténtico vicio, dedicaron tiempo y esfuerzos a tan ingente labor. En toda revista están enterradas muchas vidas. Recordémoslas. ¿Cómo no pensar con admiración y agradecimiento en José Ma. Vigil, Nicolás León, Juan Iguíniz, Francisco Monterde y José Ignacio Mantecón, por sus labores en las publicaciones de la Biblioteca Nacional? ¿Y qué decir de Luis González Obregón o de Nicolás Rangel, y posteriormente de Edmundo O'Gorman, Ignacio Rubio Mañé o Ernesto Lemoine, por sus denodados esfuerzos en el *Boletín del Archivo General de la Nación*? Sigamos con la admirable lista: Manuel Toussaint y Justino Fernández en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Al nombre del emprendedor Daniel Cosío Villegas, fundador de *Historia Mexicana*, tienen que agregarse los de Luis Muro, su laborioso responsable por varios años, y los del padre Ángel Ma. Garibay, Alberto Ruz Lhuillier y Juan Comas, animadores respectivamente de los *Estudios de Cultura Náhuatl* y *Maya* y de los *Anales de Antropología*. Reconocimiento aparte merece don Ernesto de la Torre Villar, involucrado no en una sino en varias publicaciones periódicas. En tiempos más recientes destacan Miguel León-Portilla, por su dedicación vitalicia a los *Estudios de Cultura Náhuatl*; Mercedes de la Garza, por su labor al frente de los de cultura *Maya*; Josefina Muriel y Rosa Camelo, en los *Estudios de Historia Novohispana*; Álvaro Matute, *factótum* de los de historia *Moderna y Contemporánea*, y Xavier Moyssén, editor de los *Anales de Estéticas* por la friolera de 28 años.

Además de hacer posible el recuerdo de estos auténticos pilares de nuestra disciplina histórica, la perspectiva abierta en *Historia Mexicana 200* permite periodizar el desarrollo de la historiografía mexicana del siglo XX. En efecto, su lectura destaca, nítidamente, la correlación existente entre

# HISTORIA MEXICANA

7

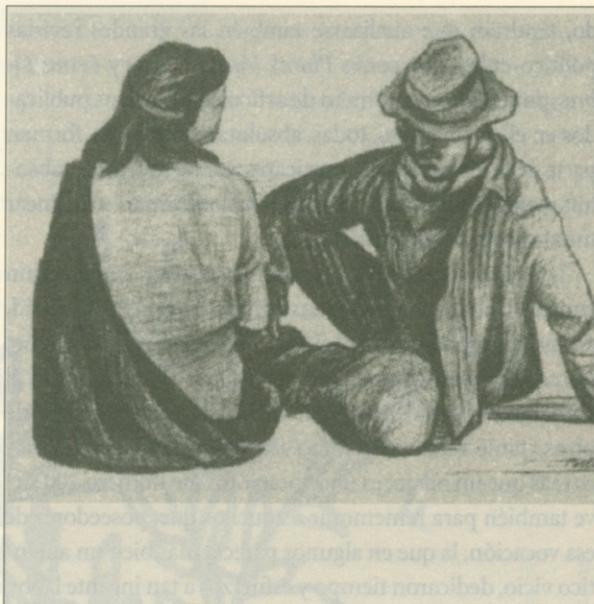


EL COLEGIO DE MEXICO

el desarrollo de las instituciones culturales y educativas y la aparición sucesiva de las revistas históricas. Más importante aún, también se aclara la correlación existente con la situación historiográfica propiamente dicha y con el contexto político nacional e internacional. Así, percibo cinco etapas en la historiografía mexicana del siglo XX, vista desde la perspectiva del desarrollo de sus instituciones y de las revistas especializadas. La primera abarca los tres decenios iniciales del siglo. Fueron los años del *Boletín de la Biblioteca Nacional* y del *Archivo General de la Nación*. Su carácter era instrumental y documentalista, todavía dominado por el positivismo y el cientificismo de finales del siglo XIX. Eran publicaciones tan pobres como útiles, de vida azarosa, víctimas de la violencia y el anticulturalismo revolucionarios, de los vaivenes políticos y de la errónea creencia de que el principio de los tiempos estaba en 1910, 1917, 1920 o cualquier otra efemérides vinculada a algún caudillo político-militar. En resumen, fueron años de pobreza estatal; de escaso desarrollo en las instituciones culturales y educativas; de historiografía aún no modernizada sino limitada a labores documentalistas, todavía labor de cimentación, aunque imprescindible para levantar el edificio de la historiografía mexicana.

La siguiente etapa se da alrededor del segundo tercio del siglo. Fueron los años del enfrentamiento entre la historia precientífica y la profesional. Por ejemplo, en 1937 surgieron los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* —entonces “Laboratorio de Arte”—, como prueba de que el país había alcanzado, finalmente, la paz y la estabilidad. La aparición de estos *Anales* era prueba de que al margen de revoluciones, rebeliones, levantamientos, revueltas y azonadas, México tenía, desde siempre, un arte extraordinario. Paradójicamente, la aparición de estos *Anales* debe ser vista en el contexto del nacionalismo cultural y artístico impulsado por la Revolución Mexicana. Lo realmente significativo es que, desde su nacimiento, los *Anales de Estéticas* fueron una revista técnica, ajena a la divulgación y la polémica. Pocos años después en 1942, aparecieron las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, dominada desde su fundación, más de veinte años antes, por historiadores *amateurs* y por anticuarios, por varios jerarcas de la Iglesia católica y por algunos aristócratas diletantes, todos ellos hispanistas y de ideología conservadora. Como ejemplos basten los nombres de Francisco Sosa, Jesús Galindo y Villa, Luis González Obregón y Genaro Estrada; o los de Francisco Plancarte —arzobispo de Monterrey—, Ignacio Montes de Oca —obispo de San Luis Potosí— y Mariano Cuevas; o los de Luis García Pimentel y Manuel Romero de Terreros, el “Marques de San Francisco”. Sin embargo, hacia 1940 es perceptible una transformación en la Academia, con la llegada de historiadores más profesionales y modernizantes, como Atanasio Saravia y Arturo Arnáiz y Freg. El final de esta segunda etapa sobrevino con un momento excepcional: la aparición de *Historia Mexicana*, en 1951. Como dije antes, la rechazó el grupo de historiadores *amateurs*, hispanistas, conservadores y aristocratizantes. Su actitud es comprensible: *Historia Mexicana* era la mayor prueba del inicio de la profesionalización de la historia en el país. Por si fuera poco, a diferencia de la Academia, poblada por clérigos y por señores elegantes que disfrazaban su nostalgia por el pasado, en el que habían sido parte de los grupos dominantes, con labores propias de anticuarios, *Historia Mexicana* fue hecha por mexicanos de la clase media posrevolucionaria y por españoles republicanos exiliados. Por lo mismo, puede concluirse que *Historia Mexicana* sirvió para profesionalizar y para democratizar y despolitizar nuestros estudios históricos.

La tercera etapa se prolonga a lo largo de los sesenta. Su característica principal en términos institucionales es que sólo surgieron publicaciones promovidas por la UNAM.



Eran los años en que el Estado responsabilizó a la UNAM —luego se vería cuan errónea era dicha estrategia— de satisfacer todo el crecimiento de la demanda en educación superior. Al traslado del centro al sur de la ciudad, en la primera mitad de los cincuenta, siguió un crecimiento tan grande como mal percibido. Por lo mismo, la UNAM tuvo pronto que reorganizarse y readecuar su estructura. Fue así como surgieron los institutos de investigación, y con ellos, sus principales órganos de expresión: los *Estudios de Cultura Náhuatl*, en 1959; los de *Cultura Maya*, en 1961; los *Anales de Antropología*, en 1964; los *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, en 1965; los de *Historia Novohispana*, al año siguiente, y el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, en 1969, publicaciones a las que debería sumarse el *Anuario de Historia*, editado con el impulso de Juan Ortega y Medina y la colaboración de varios profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, los que entre los sesenta y los setenta publicaron 10 volúmenes. En términos historiográficos esta tercera etapa corresponde a la consolidación de la historia profesionalizada en el país. Una característica de la historia profesional, científica, es que olvida sus románticas aspiraciones universalistas. La profesionalización implicó la especialización, y todas estas revistas tienen no sólo una sino varias especializaciones.<sup>2</sup> En efecto, hubo especializaciones cronológicas, con revis-

<sup>2</sup> Argumento de Álvaro Matute; véase su colaboración en el número 200 de *Historia Mexicana*, p. 781.

tas dedicadas a los periodos prehispánico, novohispano, moderno y contemporáneo; hubo especializaciones geográfico-culturales, con revistas dedicadas a México en general, o a áreas más precisas, como las de los mundos náhuatl y maya; por último, hubo también especializaciones temáticas, con revistas históricas, antropológicas, etnográficas y bibliográficas.

En términos historiográficos también debe decirse que estos institutos y sus revistas surgieron años después de las célebres polémicas entre los llamados positivistas y los historicistas. Aunque en términos institucionales triunfaron los primeros, controlando dependencias y publicaciones, lo cierto es que los historicistas también habían triunfado, en tanto que sus prédicas y reclamos hicieron mella incluso entre los historiadores más tradicionales. Hoy resulta indiscutible que éstos asimilaron las advertencias y críticas de los historicistas. Gracias a ello la historiografía científica y profesional mexicana creció con una buena dosis de salvable relativismo.<sup>3</sup> Sin embargo, estas revistas surgieron antes de la irrupción del “revisiónismo” historiográfico, por lo que todavía se caracterizaron por los cortes cronológicos rígidos, por el predominio de la historia política y por la adscripción de la historia entre las humanidades antes que entre las ciencias sociales.

La cuarta etapa fundacional corresponde a la primera mitad de los ochenta, y se caracteriza por la apuesta estatal en favor de instituciones de educación superior alternativas y pequeñas: los objetivos eran desconcentrar y descentralizar. Son los años en que surgen *Relaciones*, de El Colegio de Michoacán, en 1980; *Cuicuilco*, de la ENAH, ese mismo año; *Históricas*, del INAH, en 1982; *Secuencia*, del Mora, en 1985, y *Siglo XIX*, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en 1986. En términos historiográficos esos años corresponden al triunfo de las propuestas “revisionistas”: irrumpen las historias económica y social; aparece el interés por lo regional, pero con un enfoque riguroso, sin caer en parroquialismos, incluso con pretensiones comparativas; crece el interés por la historia moderna, y hasta por los tiempos presentes; se propone la comunión entre historia y antropología. De otra parte, renacieron los debates teóricos y metodológicos. Fueron años inicialmente dominados por el marxismo y la teoría de la dependencia —reléase *Cuicuilco*—, aunque luego aparecieron posicio-

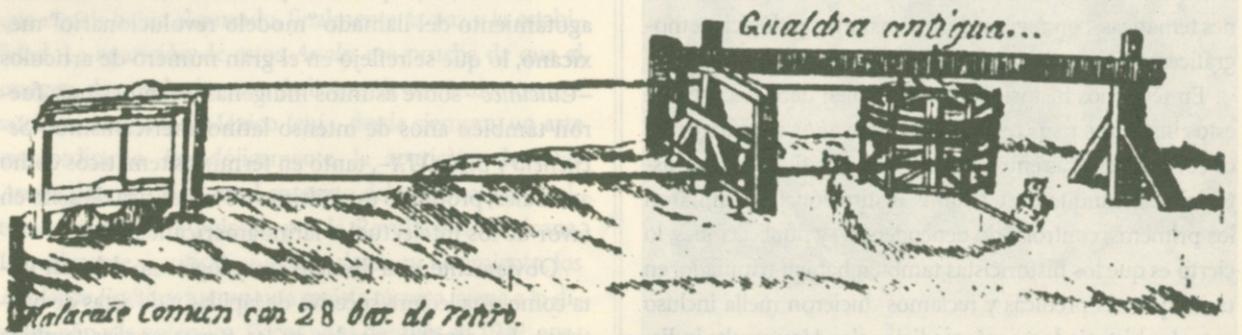
nes escépticas y críticas del marxismo —notablemente en *Historias*— y abiertos desmentidos a la teoría de la dependencia —sobre todo en la revista *Siglo XIX*. El impacto del contexto político parece transparente: fueron años de crítica y oposición políticas, consecuencia del agotamiento del llamado “modelo revolucionario” mexicano, lo que se reflejó en el gran número de artículos —*Cuicuilco*— sobre asuntos indígenas y campesinos; fueron también años de intenso latinoamericanismo —*Secuencia* y *Siglo XIX*—, tanto en términos temáticos como autorales, producto esto último de la política de asilo en favor de los intelectuales latinoamericanos.

Obviamente, esta división cronológica no debe ser vista como una lectura sucesiva de lápidas y de actas de bautismo. Las revistas creadas en las etapas previas también reflejaron los cambios traídos por el “revisiónismo” y los problemas políticos de los ochenta: el *Boletín del AGN*, tradicionalmente virreinal, mostró un gran interés por los siglos XIX y XX; en los *Estudios de Historia Novohispana* aparecieron las historias económica y social, en los de *Cultura Náhuatl y Maya* se publicaron muchos trabajos sobre asuntos de los indígenas contemporáneos, y los *Anales de Antropología* reflejaron el impacto de la llamada antropología “crítica”, contraria a la política indigenista del Estado mexicano, netamente integradora. Asimismo, *Historia Mexicana* también evolucionó hacia una historiografía crecientemente complejizada y rigurosa.

La quinta etapa de alumbramientos coincide con estos últimos diez años. Puede llamársele el momento de las revistas “posmodernas”: *Eslabones*, 1991; *Historia y Grafía*, 1993; *Perspectivas Históricas*, 1998; *Signos Históricas*, al año siguiente, y por último *Istor*, del 2000. Son los años del derrumbe del socialismo en el mundo, de la globalización económica e informativa y de la transición a la democracia en México. Por ello algunas de estas revistas, como *Eslabones*, se interesan por temas políticos novedosos, como los derechos humanos, el federalismo, los desafíos políticos regionales al PRI centralista y la creciente diversidad religiosa. El interés de estas revistas por los problemas actuales está a flor de piel. Institucionalmente, son los años en que maduraron y se consolidaron centros educativos como las universidades Iberoamericana y Metropolitana, o como el CIDE. Asimismo, son los años en que instancias como Conacyt forzaron la rigurización de varias revistas.

En términos historiográficos, estas revistas muestran el tránsito del interés por lo regional al interés por lo internacional —*Perspectivas*, *Signos* e *Istor*—. Obvio, en tiempos de

<sup>3</sup> Felipe Castro Gutiérrez, *ibid.*, pp. 804-806.



globalización resulta conveniente conocer el mundo.<sup>4</sup> Carecen de límites geográficos, y tampoco se encuentran restricciones cronológicas, temáticas, disciplinarias ni teórico-metodológicas. Con vidas tan cortas, resulta difícil hacer la historia de estas revistas; sin embargo, gracias a *Historia Mexicana* 200 conocemos ya sus breves pasados, atisbamos sus tendencias y registramos sus objetivos. Intentan hacer una historia total, global, integral, publican numerosos trabajos de historia cultural y se atreven con temas teóricos —*Historia y Grafía*—, todo esto a diferencia del decenio anterior, el de los ochenta, dominado por la excesiva especialización y por cierto tipo de neoempirismo, como lo prueba el uso generalizado de fuentes primarias y de novedosísimos recursos tecnológicos. Atraverse a desarrollos teóricos propios, sin traducciones de por medio, fue prueba de la madurez de la disciplina, de vitalidad. La reciente aparición de estas revistas demuestra, por último, que a pesar de la gran producción publicada en las revistas ya establecidas, siempre habrá nuevos nichos historiográficos por descubrirse y llenarse. Signo de los tiempos que corren, dos de estas revistas —*Eslabones* y *Perspectivas Históricas*— carecen de vínculo con alguna institución de educación superior; son, más bien, producto del compromiso de algún tipo de grupo de la “sociedad civil”; otro signo de estos tiempos democratizantes es que un par de estas revistas tienen direcciones colectivas.

<sup>4</sup> Véase el artículo de Jean Meyer, *ibid.*, p. 996.

Esta aproximación cronológica no debe inducir a creer que las revistas de una etapa desplazan a las del periodo previo, y así sucesivamente. No: hoy conviven todas estas revistas, cada una con su naturaleza, su cometido y su proceso evolutivo. Ninguna permanece estática; todas cambian y se reforman periódicamente. Por ejemplo, las viejas revistas comenzaron a ser dirigidas por una nueva generación de colegas este último decenio, y todas están uniformándose a partir de determinados criterios científicos.

A diferencia de los pleitos de hace 50 años y de las descalificaciones y ninguneos de hace 25, hoy todas estas revistas son conscientes de formar parte de un sistema de conocimientos complementarios. Como dijera Alfonso Reyes, “entre todos sabemos más”. Como lo dicen el título y el espíritu de dos de estas revistas, son múltiples las *Historias*, e igualmente numerosas sus *Grafías*, sus modos de escribirse. Por lo tanto, todas las revistas aquí analizadas son igualmente imprescindibles. No pretendo concluir con espejismos retóricos. El número, la especificidad y la calidad de estas revistas demuestran que la historia es una disciplina madura, en crecimiento constante y siempre en vías de mejoramiento. También es preciso reconocer que estas revistas no sólo son diferentes, sino que también son desiguales. A pesar de esto, la salud colectiva parece buena. Tal es mi conclusión después de leer los diagnósticos que sobre estas publicaciones hicieron colegas muy involucrados en ellas. €

# Historia Mexicana

## Historiografía y conocimiento

A l cumplir *Historia Mexicana* sus primeros 25 años de existencia, Josefina Vázquez constataba el mérito “excepcional” de que una publicación periódica “sobreviviera tanto”, lo que en cierto modo es un éxito en los países latinoamericanos. Éste es uno de los méritos indudables de nuestra revista. Pero a la par de su ya larga vida, que ahora a los 40 años se vuelve un aspecto de suma importancia, Josefina Vázquez mostraba también dos cuestiones que merecen ser destacadas. Por una parte, el hecho de que su presencia y permanencia significaba que la historia de México tenía gran importancia profesional en el ámbito de la historiografía internacional, acentuada a lo largo de los últimos años y, por otra, que de alguna manera *Historia Mexicana* se había convertido en un termómetro que medía los cambios en la historiografía nacional, y por supuesto, internacional.<sup>1</sup>

A pesar de su exitosa continuidad y de su original y práctica orientación hacia la historiografía del país, ¿se puede decir verdaderamente que *Historia Mexicana* ha cumplido con su cometido? ¿Que ésta revela, en realidad, los cambios habidos en la historiografía nacional? ¿Acaso la calidad de las contribuciones es homogénea y del nivel esperado? ¿Qué autores han colaborado más con la revista y cuál es su origen? ¿En su estructura interna la revista resulta todavía adecuada o merece reformarse? Todas estas preguntas surgen continuamente en cada número que aparece. Las respuestas, sin duda, no son similares para cada una de las inquietudes ni creo que

puedan ser definitivas, pues precisamente es la capacidad para ser flexible y versátil lo que caracteriza a una publicación periódica, y éste parece ser el sentido que debe tener toda revista especializada. La pluralidad de *Historia Mexicana* constituye, por otra parte, la característica básica que debe mantenerse.

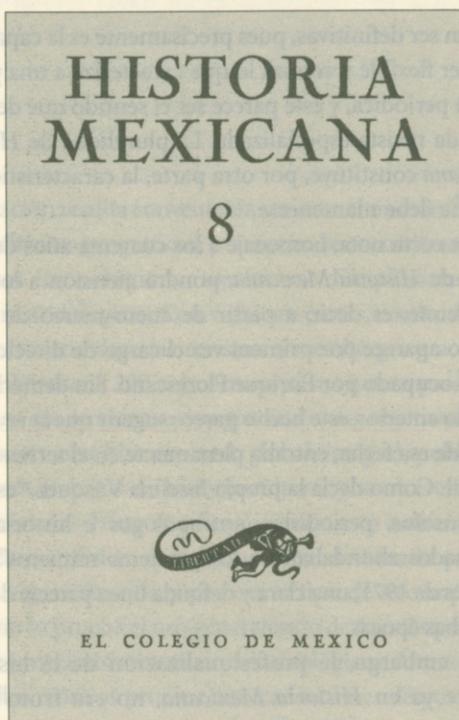
Esta corta nota, homenaje a los cuarenta años de existencia de *Historia Mexicana*, pondrá atención a los últimos veinte, es decir, a partir de enero-marzo de 1971, cuando aparece por primera vez el cargo de director, entonces ocupado por Enrique Florescano. Sin demérito del periodo anterior, este hecho parece sugerir que la revista, a partir de esa fecha, entraba plenamente en el terreno profesional. Como decía la propia Josefina Vázquez, “escritores, filósofos, periodistas, antropólogos e historiadores aficionados abundaban en los primeros números”. Pero después de 1971, una clara y definida línea parecía delimitar ambas épocas.

Sin embargo, la profesionalización de la historia, patente ya en *Historia Mexicana*, no era fruto de la mera espontaneidad. Un largo periodo de maduración había empezado décadas antes, desde 1941, con la propia creación del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y con el desarrollo de carreras de historia en otras universidades. Al terminar la década de los sesenta y empezar la siguiente, parecía que los estudios de historia entraban en un periodo de consolidación, tanto a nivel de un nuevo tipo de preocupaciones y problemas por investigar, como —ahora visto en perspectiva—, por un atinado cambio de programa docente.

Conocemos ya con mucha precisión todo el proceso y trayectoria académica del Centro de Estudios Históricos

<sup>1</sup> Vázquez, Josefina Zoraida, “*Historia Mexicana* en el banquillo”, *Historia Mexicana*, XXV: 4(100) (abr.-jun., 1976), pp. 642-654.

analizado desde diversas ópticas e inquietudes.<sup>2</sup> De este proceso sólo me interesa rescatar, por ahora, la gran apertura hacia el mundo internacional que caracterizó tanto a sus profesores como a sus alumnos y que a largo plazo ha rendido frutos importantes para El Colegio de México y ha tenido una honda repercusión en *Historia Mexicana* en varios aspectos que analizaremos más adelante. Esta apertura, por otra parte, se observa claramente en el origen académico de la mayoría de quienes formaron la Dirección o Redacción y el Consejo de Redacción a lo largo de todos estos años. A don Silvio Zavala, quien había obtenido su doctorado en Madrid y Cosío Villegas que mucho le debió a Estados Unidos y a Europa en los intensos años veinte y treinta, se unían



José Gaos, Ramón Iglesia, José Miranda y Javier Malagón.

A este grupo de primera línea le sucedieron Moisés González Navarro, Luis González y González, Enrique

<sup>2</sup> González, Luis, "La pasión del nido", en *Historia Mexicana*, XXV: 4 (100) (abr.-jun., 1976), pp. 530-598; Lida, Clara E., con la colaboración de José Antonio Matesanz, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1989, «Jornadas 113»; Lida, Clara E. y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990, «Jornadas 117»; Vázquez, Josefina Zoraida, *El Colegio de México. Años de expansión e institucionalización, 1960-1990*, México, El Colegio de México, «Jornadas 118».

Florescano, Alejandra Moreno Toscano y Alicia Hernández Chávez en los que se observa la huella del avance historiográfico francés. En cambio Bernardo García Martínez y Andrés Lira, decidieron terminar su formación en Estados Unidos; Romana Falcón en Inglaterra, sin olvidar a Josefina Vázquez que mucho de su formación lo debe a Madrid y Harvard, a Jan Bazant que llegaba de la lejana Europa del este, a don Luis Muro, de Perú, Anne Staples y Dorothy Tanck de Estados Unidos.

Esta amplitud de perspectivas determinó de manera implícita unas veces, y explícita en otras, que *Historia Mexicana* y el propio Centro que la publicaba, mantuvieran una apertura importante a lo largo de sus años, tanto en lo que se refiere a temáticas como a colaboradores. Estos últimos, cercanos unas veces y distanciados otras, constituyen buena parte del corazón de la historiografía profesional mexicana. Sin duda, la otra parte la forman los investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, la Universidad Iberoamericana, así como de varios centros e instituciones regionales. En alguna medida, *Historia Mexicana* ha recibido colaboración y ayuda de la mayoría y, por supuesto, mucha ayuda también de profesionales extranjeros quienes, sin duda, constituyen el otro eje a través del cual la revista mantiene su vigor. De hecho, como escribe Luis González, la revista se fundó con el fin de albergar "sin prejuicios o banderías... los trabajos sobre historia mexicana de mexicanos y extranjeros".<sup>3</sup>

Una revista especializada, por lo tanto, tiene razón de ser en la medida en que la propia disciplina muestra la fortaleza o la debilidad de un país, cualquiera que éste sea. En este sentido, es el reflejo de su propia capacidad para reproducirse y, por lo mismo, es el espejo en el que se miran las condiciones que prevalecen en la enseñanza y la difusión de la historia. Cuando estas condiciones fallan o se debilitan, la investigación entra en crisis y, por lo tanto, con ella la producción y generación de conocimiento original, base de las contribuciones y colaboraciones nuevas de las revistas especializadas. Como una consecuencia directa, para poder aspirar a una participación local constante y cada vez más amplia, debemos estar conscientes de nuestra propia responsabilidad en la estructura y funcionamiento eficiente de los programas de historia y de la "producción" de historiadores. La evasión de este compromiso, no sólo atenta contra la sobrevivencia de cualquier tipo de publicación, sino contra la disciplina misma.

<sup>3</sup> González, 1976, p. 548.

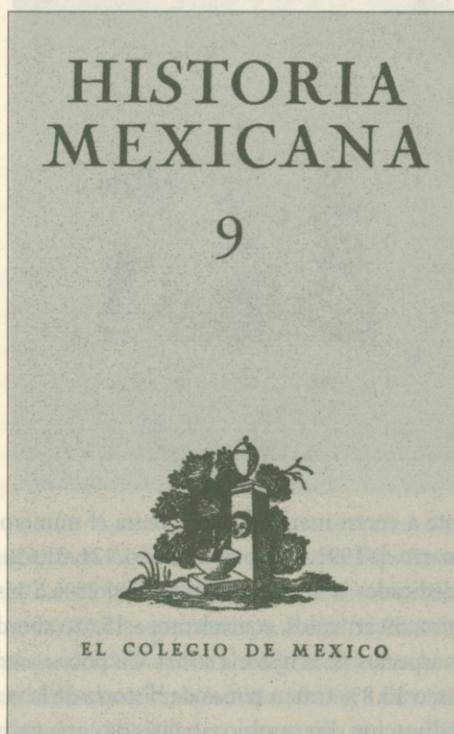
En el contexto de las publicaciones académicas especializadas, son pocas las revistas con una larga trayectoria: *Historias*, de la Dirección de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, su primer número ve la luz pública en 1982; *Secuencia*, del Instituto Dr. José María Luis Mora, aparece en marzo de 1985 y aunque sus contenidos desbordan el ámbito nacional y la mera temática de la historia, es una "Revista Americana de Ciencias Sociales", como se especifica en el subtítulo. Posiblemente la última es *Siglo XIX* que apareció en 1986 patrocinada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, revista especializada en aquel siglo, pero también de carácter latinoamericano. Lo que me parece extraño es que la Universidad Iberoamericana, que mantiene un Departamento de Historia de amplia tradición, no tenga una revista especializada, como tampoco la tiene la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa a pesar de su licenciatura y maestría en historia. Más antigua es *Estudios*, publicación eventual del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero que rebasa en algunos aspectos el límite de lo que se entiende como "revista", es decir, que sea periódica, no eventual, con una estructura editorial *ad hoc*, etcétera.

Al finalizar la década de los setenta y durante la siguiente, algunas revistas, particularmente las de instituciones de provincia, no se adscriben única y exclusivamente a la historia. Prefieren un marco más amplio, el de las ciencias sociales y las humanidades. Tal es el caso de *Relaciones*, de El Colegio de Michoacán, o de *Encuentro*, de El Colegio de Jalisco, que acogen contribuciones de varias disciplinas, quizá más acordes con la propia estructura institucional. Sólo *Siglo XIX*, de Monterrey, parece más audaz, al restringirse a un solo siglo, aunque se extiende al espacio latinoamericano, lo cual también intenta y logra *Secuencia*. Sería importante que El Colegio de Jalisco y el Instituto Dr. José María Luis Mora crearan programas docentes en historia, pues a la postre éstos son los llamados a reproducir los contenidos de las revistas especializadas.

Pero la difusión de la historia no es campo exclusivo de las revistas de esta disciplina y de esta carrera. La historia es patrimonio y base de todas las ciencias sociales, por lo cual otros institutos acogen contribuciones históricas, como es el caso del Instituto de Investigaciones Sociales que en su *Revista Mexicana de Sociología* recibe una parte importante de artículos entendidos como exclusivamente de carácter histórico. También las producidas por las instituciones de carácter latinoamericano,

como la *Revista de Historia de América* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia o *América Indígena* del Instituto Nacional Indigenista se llevan contribuciones de los historiadores. En esta lista de competidores, ahora empuja con fuerza *Estudios Mexicanos/Mexican Studies* de la Universidad de California.

Sin embargo, es necesario no sólo constatar la pródiga presencia de revistas de ciencias sociales, de carácter nacional o internacional, sino la gran oferta de revistas especializadas que circulan en Estados Unidos y en Europa, particularmente. Se me ocurren nombres como la *Hispanic American Historical Review*, la *Latin American Research Review*, en el primer caso y el *Anuario de Estudios Americanos*,

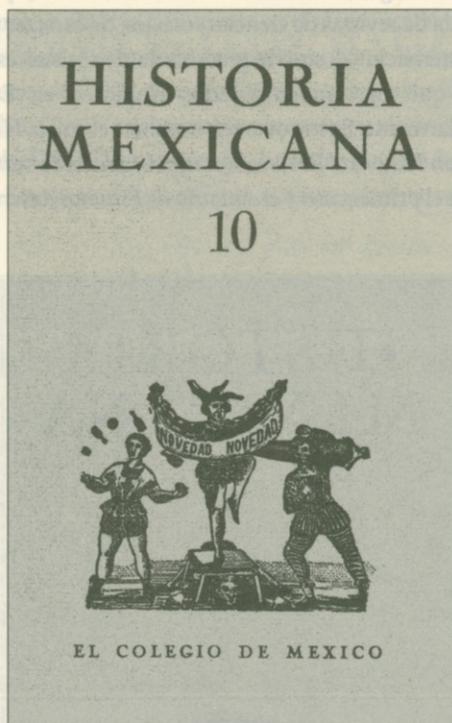


*Boletín Americanista*, *Revista de Historia Económica*, en el caso español; *Annales*, en Francia; el *Jarbuch...* en Alemania; el antiguo *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, hoy *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, que edita el CEDIA de Holanda, o el *Journal of Latin American Studies* publicado en Cambridge, Inglaterra, sólo por nombrar algunas de las publicaciones periódicas cuyo prestigio determina que muchos estudios históricos se dirijan en su dirección.

Esta constatación me sirve para contextualizar a *Historia Mexicana*, así como para marcar sus límites, sus posibi-

lidades y reconocer el mérito de su continuidad a lo largo de los últimos 20 años.

Se han computado 378 artículos —no he tomado en cuenta las demás secciones de la revista— escritos durante los últimos 20 años, es decir, desde el número 79, corres-



pondiente a enero-marzo de 1971 hasta el número 159, enero-marzo de 1991. Del total señalado, 121, 31.6% estuvieron dedicados a historia política; 108, 28% a historia económica; 59 artículos, equivalentes a 15.6% abordaron diversos aspectos de la historia social. Un poco menos, 52 artículos, o 13.8% tratan temas de historia de la cultura y de la educación. En cambio, análisis de carácter historiográfico se realizaron en 24 ocasiones, es decir, equivalente a 6.3%; la ciencia y la tecnología, como campo específico aparece registrado en 12 artículos, mientras sólo dos artículos tienen que ver con historia del arte.

Existen otros aspectos que también me ha parecido importante mencionar; éstos tienen que ver con la “espacialidad y los periodos” que caracterizan a las colaboraciones de *Historia Mexicana*. En general, 167 artículos, 44.2% realiza análisis de tipo nacional, general, mientras únicamente la mitad, es decir 80 artículos que representan 21.2%, pone énfasis en el marco regional. Sin embargo, existen también artículos cuyo enfoque se restringe al ámbito local en can-

tividad de 29, es decir 7.7%; 32 artículos, que corresponden a 8.5%, están dedicados a personajes a manera de biografías o análisis historiográficos. También existen colaboraciones que analizan problemas en términos de las relaciones internacionales de México que ascienden a 43, o sea 11.4%. Finalmente, 15 artículos, equivalentes a 4%, se encargan de la historia de las instituciones, su importancia en la historiografía mexicana o de algunos aspectos de la vida institucional, eclesiástica o civil.

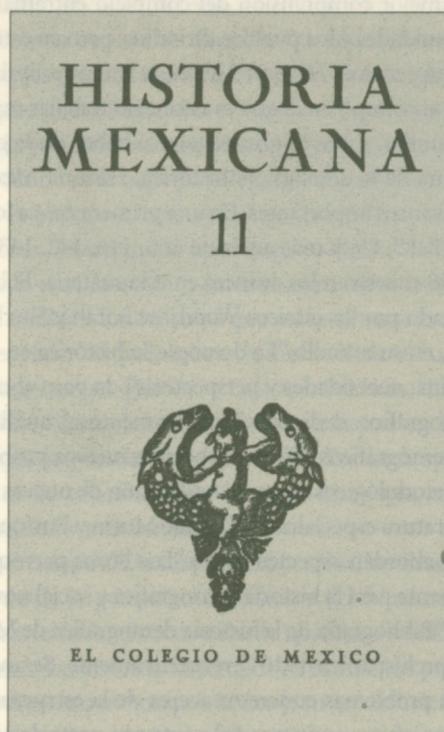
Es evidente que muchas veces el deslinde de una materia de otra es difícil y, a veces, subjetiva, pero las tendencias generales pueden apoyar el conjunto anterior, el cual ha sido desagregado en las principales submaterias abordadas. Si se excluyen 102 artículos atribuidos exclusivamente a cultura, educación, ciencia y tecnología, historiografía y arte, los que analizan diferentes problemas de la historia política, particularmente centrados en los problemas del “gobierno y Estado”, alcanzan un total de 26 números. Una de las mejores aportaciones es el número 92, que recoge los artículos de Alfredo López Austin sobre “Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico”; de Bradley Benedict, “El Estado en México en la época de los Habsburgo”; de David Brading, “Gobierno y élite en el México colonial durante el siglo XVIII”; de Juan Felipe Leal, “El Estado y el bloque en el poder en México: 1867-1914” y Lorenzo Meyer, “El Estado mexicano contemporáneo”. Más tarde, Charles W. Macune Jr., Moisés González Navarro, Paul Garner, Lorenzo Meyer, Romana Falcón, Josefina Zoraida Vázquez, Alicia Hernández Chávez y Martín González de la Vara, principalmente, analizan en sus artículos desde aspectos tales como la formación y desarrollo del Estado, las relaciones entre gobierno y élites, los conflictos entre el gobierno nacional y los estados, hasta la compleja participación de la Iglesia y el Estado en las diversas etapas del devenir de México, sin descuidar problemas tales como las elecciones, campañas presidenciales y, por supuesto, los partidos políticos y el sistema en su conjunto. Las grandes interrupciones históricas como la revolución de independencia y la revolución mexicana han merecido suerte desigual, pues son pocas las colaboraciones para la primera en estos últimos veinte años. Sólo Brian Hamnett, con “Anastasio Bustamante y la guerra de independencia, 1810-1821”; Guadalupe Jiménez Codinach con “Confédération Napoléonnie. El desempeño de los conspiradores militares y las sociedades secretas en la independencia de México” e Hira de Gortari con su artículo, “Julio-Agosto de 1808: ‘la lealtad mexicana’”. En cambio, sobre la revolución, Guillermo Palacios, Mark

Wasserman, Thomas Baecker, Peter H. Smith, Moisés González Navarro, Santiago Portilla, Romana Falcón, Barry Carr, Victoria Lerner, Lorenzo Meyer, Alicia Hernández Chávez, Paul Garner, Juan Felipe Leal y Margarita Menegus Bornemann, abordan temas sobre la ideología revolucionaria, la oligarquía regional, los intereses militares, problemas constitucionales, agrarios y muchos otros que constituyen una amplia gama de perspectivas que sin duda enriquecen el conocimiento sobre esa etapa determinante de la historia moderna mexicana. Claro está que no todos estos aspectos son tratados en un número similar de casos. Problemas ideológicos en general y de los partidos preocuparon a nueve investigadores, ejército a siete, elecciones a cuatro, constitucionales a cuatro y conflictos a seis.

En cambio, los problemas diplomáticos son abordados en 18 artículos. Jorge L. Tamayo, Josephine Schulte, Mario Federico Real de Azúa, James W. Harper, Luis Weckmann y otros, abordan el análisis de tratados internacionales, problemas limítrofes y de soberanía, misiones diplomáticas, que dan buena cuenta de las preocupaciones de sus historiadores. No se olvidan aspectos tales como “las intervenciones” o las relaciones internacionales en general.

En su tiempo, los temas agrarios estuvieron presentes en el panorama historiográfico registrado por la revista. Enrique Florescano realizaba un análisis global en 1971 sobre “El problema agrario en los últimos años del virreinato”, para dar paso al análisis de la hacienda, tema dominante entonces, en la historiografía latinoamericanista. El artículo de Taylor sobre “Las haciendas coloniales en el valle de Oaxaca”; de Riley, sobre “Santa Lucía. Desarrollo y administración de una hacienda jesuita en el siglo xviii”, de David Brading sobre “La estructura agraria de la producción agrícola en el Bajío de 1700 a 1850” y muy ligados a la problemática, los artículos de Jan Bazant sobre “Peones, arrendatarios y aparceros en México: 1851-1853 y 1868-1904” marcarán las pautas del futuro. El mito de la gran propiedad como regla sin excepción, del latifundio, será derribado y enviado al olvido. Las variantes regionales de la propiedad agraria, mostrarán las debilidades de un modelo válido hasta entonces. Sin embargo, *Historia Mexicana* acogerá ensayos sobre casos excesivamente puntuales, y a veces de poca importancia y monta, pero que sin duda tienen su valor en el contexto del conocimiento original. Más allá de estos aspectos, los problemas agrarios han atendido también las inquietudes de los historiadores por rebasar la frontera del área central y ver qué pasó en términos de las sociedades y las estructuras distintas a ésta.

Sobre el mundo rural, el estudio de las comunidades indígenas también ha estado presente en las colaboraciones para *Historia Mexicana*, en aproximadamente 22 artículos. Las preocupaciones de los investigadores han partido desde las visiones sobre problemas específicos o más generales, como aquellos presentados por Peter Gerhard en “Las



congregaciones de indios en la Nueva España antes de 1570” o “La evolución del pueblo rural mexicano, 1519-1975”, así como la que muestra Pedro Carrasco en “La transformación de la cultura indígena durante la colonia”, hasta recientes contribuciones que vienen a concretar estos trazos largos de carácter comprensivo, en trabajos que abordan problemas más concretos o que asumen una expresión más limitada a lo regional y local, los que afinan el análisis y a la postre representan un paso hacia adelante en la investigación. Éste es el caso de los artículos de David J. Robinson y Carolyn G. McGovern sobre la migración rural yucateca, de Nancy Farris sobre la propiedad territorial en su caracterización de “La pobreza española y la autonomía indígena” en el Yucatán colonial. Desde otra perspectiva, D. Dehouve traza un agudo acercamiento a “Las separaciones de pueblos en la región de Tlapa”, en Guerrero, durante el siglo xviii, mientras J. M. Pérez Zevallos y K. Gosner abordan el problema del gobierno y de las élites in-

dígenas en Xochimilco y los Altos de Chiapas, respectivamente.

Sin embargo, salta a la vista que si aplicamos el “termómetro” historiográfico, *Historia Mexicana* no registra amplias regiones caracterizadas por una notable presencia indígena y estudiadas por muchos investigadores nacionales y extranjeros. Poco a poco la historiografía se acerca hacia una mejor comprensión del complejo entramado de las comunidades y los pueblos de indios, pero en este proceso comprensivo, *Historia Mexicana* muestra limitaciones y es un campo en el que es necesario trabajar más.

En cambio, sobre lo que no parece haber duda es que en el tema de la demografía histórica, *Historia Mexicana* recoge avances importantes. En una primera época los números 82, 83, 89, y más adelante 108, 116, 142, 143, 151, 155 y 158 muestran los avances en esta materia. El balance realizado por los clásicos Woodrow Borah y Sherburne F. Cook, en su artículo “La demografía histórica en América Latina: necesidades y perspectivas”, da paso al número monográfico dedicado exclusivamente al análisis de temas demográficos. En él se abordan nuevos problemas tanto metodológicos como de utilización de nuevas fuentes y literatura especializada. Claude Morin y Enrique Florescano, abordan aspectos como “Los libros parroquiales como fuente para la historia demográfica y social novohispana” y “Bibliografía de la historia demográfica de México (época prehispánica-1910)”, respectivamente. Se analizan también problemas concretos acerca de la estructura social de los centros mineros del norte por parte de Marcello Carmagnani, mientras David Brading pone su atención particular en Guanajuato y Keith Davies traza las tendencias demográficas de la ciudad de México en el siglo XIX. Posteriormente, en 1973, Günter Völmer evalúa la “Evolución cuantitativa de la población indígena de la región de Puebla” y Elsa Malvido establece los “Factores de despoblación y de reposición de la población de Cholula”, a la par que Carroll realiza un “Estudio sociodemográfico” sobre la población negra de Jalapa y el propio Brading analiza al grupo de españoles en México en 1792.

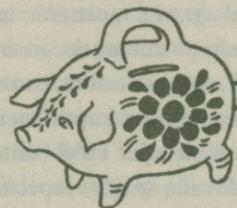
*Historia Mexicana* no registra ningún artículo sobre temas demográficos hasta el número 116, correspondiente a 1980. De allí pasa hasta 1986 cuando Herbert Klein colabora con “Familias y fertilidad en Amatenango, Chiapas, 1785-1816” y desde entonces Cecilia Rabell —y sus alumnos Neri Necochea y Javier Pescador—, Miguel Ángel Cuenya, con diferente enfoque e interés, analizan casos parroquiales en términos de mortalidad adulta, evolución y crisis de la población. Assadourian, en cambio, realiza una aproximación a la dinámica

de la población indígena comparando las experiencias observadas en Nueva España y Perú durante la formación del sistema económico colonial. Jackson, por su parte, muestra el desastre demográfico de la población indígena de la bahía de San Francisco entre 1776 y 1840.

Prácticamente tuvieron que pasar 15 años para que *Historia Mexicana* se constituyera como foro receptivo de estos temas que se multiplican cada vez más. Sin embargo, no parece justo atribuir el vacío observado entre la segunda parte de la década de los setenta y la de los ochenta a un rechazo explícito de la revista o a su aislamiento del mundo académico de entonces, sino más bien a otra opción que representa un nuevo tipo de publicación como los cuadernos de investigación, los avances, las publicaciones especializadas así como las memorias de reuniones nacionales o internacionales que normalmente atentan contra una revista de intereses variados y amplios como *Historia Mexicana* y que, por obvias razones, constituyen foros de discusión complementarios. Sin embargo, ¿no sería que la propia demografía histórica perdió su impulso inicial? ¿O que los posibles adeptos a nivel nacional no encontraron en las carreras de historia o demografía —casi inexistente esta última— un medio que posibilitara una reproducción más sistemática? Cualquiera que fuera la explicación, y

# HISTORIA MEXICANA

12



EL COLEGIO DE MÉXICO

por exagerado que pareciere, sólo *Historia Mexicana* registra una presencia definida de estudios especializados durante estos 20 años, pues *Relaciones* de El Colegio de Michoacán, lo hace únicamente en dos ocasiones en los números 10 y 16—correspondientes a primavera y otoño de 1983— con artículos de Morín y Calvo para Guanajuato y Guadalajara, respectivamente, *Siglo XIX*, un caso referido a Tecali, Puebla e *Historias*, uno sobre epidemias escrito por E. Malvido. Posiblemente sobre esta materia, como sobre las demás que aborda este artículo, existen contribuciones no contempladas aquí—como las aparecidas en revistas extranjeras. Pero no es el objetivo hacer una bibliografía, sino más bien apuntar las tendencias generales.

Otra área del conocimiento histórico en que *Historia Mexicana* representa un claro avance, si bien únicamente como iniciadora, está relacionada con la historia urbana. Aparecen registrados siete artículos, en los cuales se plasman las inquietudes iniciales de Alejandra Moreno Toscano en “El paisaje rural y las ciudades”, así como en su visión dinámica y penetrante sobre los “Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1920”, aparecidos en 1972. A estos artículos se sumaron los de Sonia Lombardo de Ruiz, “El desarrollo urbano de México-Tenochtitlan”, de Richard E. Boyer “Las ciudades mexicanas: perspectivas de estudio en el siglo XIX” y de María Dolores Morales, “Estructura urbana y distribución de la propiedad en la ciudad de México en 1813” aparecido en 1976. Años después Alejandra Moreno Toscano, miembro del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, continuará en la DIH-INAH su fructífera línea de investigación. Otros artículos sobre la ciudad de México que aparecen en *Historia Mexicana*, se enmarcan en líneas más bien tradicionales.

*Historia Mexicana* presenta novedad e incursión de manera firme con el número monográfico dedicado al tema de la historia de la educación mexicana. De este grupo inicial, C. Castañeda, Kobayashi y Dorothy Tanck de Estrada conocemos ya obras clásicas en torno a la educación colonial. Este inicio se fortaleció luego como una línea de investigación definida e importante al interior del Centro de Estudios Históricos, con la creación del Seminario de Educación dirigido por Josefina Zoraida Vázquez. Tal vez una parte de su eficiente y dedicada actividad puede medirse con los artículos publicados a partir de 1979 en los que se recogen temas y se analizan problemas graves de este importante sector de la historia mexicana. Así desfilan “Alfabeto y catecismo, salvación del nuevo país”; “La escuela nacional primaria en la ciudad de México, 1876-1910”; “Historia de la reforma educativa, 1933-1945” de D. Tanck,

A. Staples, Díaz Zermeño y V. Lerner, respectivamente. Luego vienen los números 126 y 127, correspondientes a 1982 y 1983, en los cuales Pilar Gonzalbo y Milada Bazant estudian “La influencia de la Compañía de Jesús en la sociedad mexicana del siglo XVI” y “La enseñanza agrícola en México: prioridad gubernamental e indiferencia social (1853-1910)”. En el siguiente año nuevamente *Historia Mexicana* dedica un número, el 131, al tema de la educación. En esta ocasión se discuten “La educación elitista” y las escuelas particulares en 1857-1867 y en el siglo XX, tratados por Teresa Bermúdez y Valentina Torres Septién. Engracia Loyo y M. Bazant analizan por su parte, la enseñanza y la práctica de la ingeniería durante el porfiriato y aspectos de la política educativa del periodo 1921 y 1940. Los miembros del seminario ofrecen parte de sus investigaciones hasta el número 158. Sin embargo, *Historia Mexicana* recoge también los artículos que sobre el tema escribieran Charles Hale, “El gran debate de los libros de texto de 1880 y el krausismo en México” y Deborah Baldwin, “Diplomacia cultural: escuelas misionales protestantes en México”, por supuesto, desde otra perspectiva. En total, aproximadamente 23 artículos dan vida a un tema que merecería continuidad y más investigación.

En el campo de la historia económica, las finanzas son vistas desde la perspectiva jurídica y del funcionamiento del aparato hacendístico, o desde quiénes o cómo implementaron los diversos sistemas o reformas, los problemas de tributos, impuestos, préstamos y, en general, de ingresos y egresos tanto en la época colonial como en la nacional y, en este último caso, federal o municipal, aparecen en 24 artículos. Hay que destacar que el interés por estos temas es muy reciente, y prácticamente *Historia Mexicana* es la única revista en el país que ha mantenido abierta esta preocupación. El número 156 monográfico, sobre finanzas públicas representa una innovación al interés iniciado tiempo atrás por la propia revista con el artículo “El liberalismo, los impuestos internos y el estado federal mexicano 1857-1911” de Marcello Carmagnani.

Existen temas que no han recibido continuidad y no poseen una presencia numérica significativa, sin embargo, merecen ser rescatados. Tal es el caso de los artículos que abordan el movimiento obrero: de Jean Meyer, “El sindicalismo católico en México, 1919-1931” y de Manuel Ceballos la “Encíclica ‘Rerum Novarum’ y los trabajadores católicos...”

Desde otra perspectiva, son advertencias de filones clave en la investigación histórica del futuro, el tema de los jefes políticos y que *Historia Mexicana* registra como único,



de la pluma de Romana Falcón, "La desaparición de los jefes políticos en Coahuila. Una paradoja porfirista". Éste también es el caso del ejército y los militares, aunque ha tenido más adeptos que el anterior, pues aparecen los ensayos de Hans-Werner Tobler, "Las paradojas del ejército revolucionario..." y de Alicia Hernández Chávez, "Militares y negocios en la revolución mexicana" y "Origen y oca-so del ejército mexicano". Un tema cercano fue tratado por Vanderwood en "Los rurales. Producto de una necesidad social", más asociado al problema que el mismo autor llamo y publicó como "El bandidaje en el siglo XIX: una forma de subsistir". Ligados a lo social como a lo político, aparecen artículos sobre la familia y los grupos y tal parece que serán también temas del futuro.

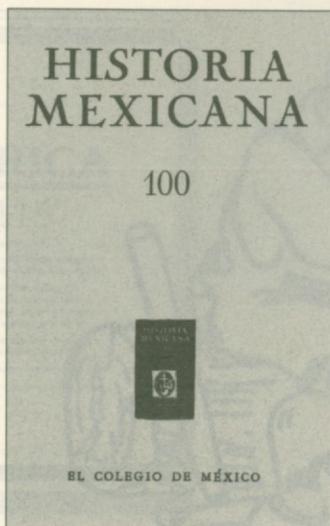
En el caso de la historia económica, una nueva línea de investigación ha sido inaugurada por TePaske y Klein. Este último publica en *Historia Mexicana*, "La economía de la Nueva España, 1680-1809: un análisis a partir de las cajas reales", en el cual muestra las posibilidades de un nuevo tipo de fuentes para la historia económica, como también lo señaló, en el caso de la alcabala, Rodolfo Pastor en su artículo "La alcabala como fuente para la historia económica y social de la Nueva España" dando paso a nuevos estudios. Lamentablemente el tema que *Historia Mexicana* recoge en pocas oportunidades, pero que es una línea fundamental y en la que el futuro puede ser promisorio es el de la producción de alimentos que aparece únicamente tratado por Coatsworth para el porfirato y por Super para el caso de Querétaro. A los temas anteriores, creo que es justo apuntar el esfuerzo de análisis comparativos con otras realidades la-

tinoamericanas, como es el caso de los artículos de Assadourian, Larson y Wasserstrom o Mauro.

En cambio, la ciencia y la tecnología han tenido una mayor presencia con varios artículos de Elías Trabulse, particularmente con "Aspectos de la tecnología minera en Nueva España a finales del siglo XVIII". Otros, han sido escritos por Bernardo García Martínez, Rafael Moreno, Roberto Moreno de los Arcos y Virginia González Claverán.

En fin, creo que nuevos y viejos temas, nuevos y viejos colaboradores son siempre distinguibles a lo largo de la revista, depositaria de muchos avances que presagian buenos libros, o la persistencia de inquietudes renovadoras, y por qué no decirlo, de la sobrevivencia de viejas y tradicionales maneras de ver y hacer la historia, aunque sin duda, existen muchos artículos importantes que es imposible mencionar aquí.

En términos de la distribución por periodos, la colonia ha recibido la mayor atención, pues de 378 artículos, aproximadamente 133, es decir, 35.2% está dedicado a los diversos aspectos de la vida colonial; los artículos dedicados a la independencia y la república, hasta la restauración, sólo alcanzan 89 colaboraciones, es decir, 23.5%. Al periodo de la revolución mexicana se dedicaron 55 artículos que vienen a representar 14.6%, periodo que ha tenido más preferencia que el porfirato, sobre el cual se escribieron 45 artículos y que corresponden a 11.9%. Mientras tanto el contemporáneo o institucional, sólo advierte 21 colaboraciones que apenas representa 5.6%. En cambio, análisis generales de larga duración, o metodológicos, bibliográficos o conmemorativos llegan a 17, es decir, ocupan 4.8%



del total. Los temas sobre los periodos prehispánico y conquista, apenas han merecido atención por los estudiosos, pues no pasan de 4.4% con 16 artículos.

Otro tema que surge del análisis es el de los colaboradores. Cuántos son y qué origen muestran. De los mencionados 378 artículos publicados, el número de autores llega a la suma de 265. De éstos, 14 escribieron tres artículos; siete, lo hicieron en cuatro ocasiones; tres, en cinco; dos, en seis ocasiones, un autor contribuyó con siete artículos y únicamente uno lo hizo en 13 ocasiones durante los veinte años analizados. Estos insignes colaboradores son Moisés González Navarro (13) y Jan Bazant (7). Los restantes sólo colaboraron con un artículo.

Quiénes son los colaboradores mencionados. Según nuestros cálculos, de los 265 colaboradores, 152, son extranjeros y 113, son nacionales, es decir, 57.3% y 42.7, respectivamente. Sin embargo, en términos de colaboraciones o artículos, 187, reconocen pluma nacional y 186, extranjera, es decir, 50.1%, y 49.9, respectivamente. Estas diferencias muestran dos caras de una misma moneda: una, la fortaleza de la historiografía mexicana y, otra, una expansiva historiografía norteamericana. En número muy inferior se observa la participación de historiadores de Europa, Centroamérica, Sudamérica y Japón.

La constatación anterior es una muestra también de la fortaleza de la revista, pues muestra sencillamente que el conocimiento es en primera instancia universal—dado el legado de la cultura occidental en sus amplias dimensiones— y en segundo lugar, por la desigualdad en los recursos destinados a la investigación, particularmente a la histórica, y por fin, a nuestra tradicional dependencia, que está próxima a cumplir 500 años.

En términos de la política editorial que siguió *Historia Mexicana*, entre 1971 y 1991 se observan varios cambios. Por ejemplo, el periodo de Enrique Florescano, director y Héctor Aguilar Camín, redactor—que va desde enero-marzo de 1971 hasta abril-junio de 1974— se caracterizó por la difusión y preferencia del número monográfico que, en términos de efectividad y perspectivas resultaron óptimos. En este periodo se realizaron balances historiográficos; tal es el caso del número 82 de *Historia Mexicana*, dedicado a problemas y temas que entonces estaban en la mesa de la discusión. El número 83 lo reservó para diversos aspectos de la demografía histórica, el 88 a la educación, el 90 al análisis de la hacienda, producción agrícola y trabajadores del campo y termina su periodo con el número 92, ahora clásico, dedicado al Estado mexicano. El 89 no es monográfico, sin embargo, cuatro de sus artículos están dedicados a un solo tema. También se publicaron otros más generales, con artículos puntuales, descriptivos, logrando con ello un equilibrio pocas veces alcanzado en las revistas latinoamericanas.

El siguiente periodo de *Historia Mexicana* estuvo a cargo de Bernardo García Martínez, acompañado por Anne Staples primero y Victoria Lerner después, ambas por cortos periodos, en la secretaría de redacción. Esta etapa va de julio-septiembre de 1974 a julio-septiembre de 1982. Son años de intenso trabajo, pero de estilo diferente al periodo anterior. Prácticamente desaparecen los números monográficos, con la excepción marcada por el 113. Se fortalecen las secciones dedicadas a “Testimonios”, “Examen de libros” y “Crítica”. Esta última sección nace en esta etapa a propósito de una respuesta de Jan Bazant. Había muerto, en cambio, quien desde otra modalidad la había impulsado, don Daniel Cosío Villegas, el fundador de *Historia Mexicana*.

Después de 1982, la dirección de la revista pasa a manos de don Luis Muro, hasta su muerte, ocurrida en julio de 1987. De allí hasta diciembre de 1988 toma el timón Alfonso Martínez Rosales, con Carlos Macías como secretario de la Redacción y dentro de la línea adoptada por los directores anteriores. La revista permanece abierta a todo tipo de preocupaciones y a todos los investigadores que muestran interés en colaborar. Allí se encuentran los nombres de Jean Meyer, Ernesto de la Torre Villar, Jacqueline Covo, Charles Hale, Alan Knight, Robert Potash, Clara E. Lida, Moisés González Navarro, Romana Falcón, etcétera.

Con Clara E. Lida, como directora, Dorothy Tanck de Estrada, como redactora primero y Miño Grijalva después, *Historia Mexicana* entra en una nueva etapa a partir del número 151, correspondiente a enero-marzo de 1989. Se recupera, por una parte, la publicación de números mono-



gráficos; se conserva la apertura que caracterizó a los periodos anteriores y, por otra, se abre la perspectiva hacia América Latina con motivo del homenaje a los 80 años del único historiador mexicano que incursionó con gran éxito en la historia colonial latinoamericana, don Silvio Zavala, cuya amplia perspectiva lo había llevado a fundar la clásica *Revista de Historia de América*.

Clara E. Lida introduce otra innovación: la sección "Debate" y suprime la dedicada a "Testimonios". En el primer caso, el número 155 inaugura la sección con el debate en torno al mundo nahua sustentado por Enrique Florescano, Alfredo López Austin, Georges Baudot y Pedro Carrasco. En el segundo caso, la supresión de "Testimonios" obedeció a que es una sección más bien propia de los boletines y las revistas editadas por los archivos históricos, más que de una revista dedicada al análisis.

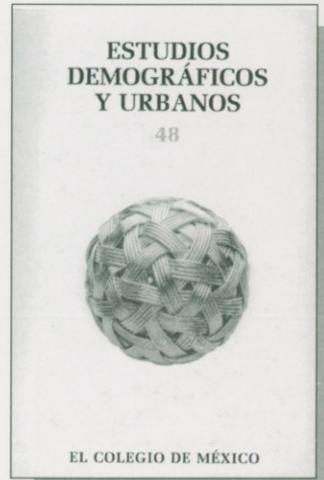
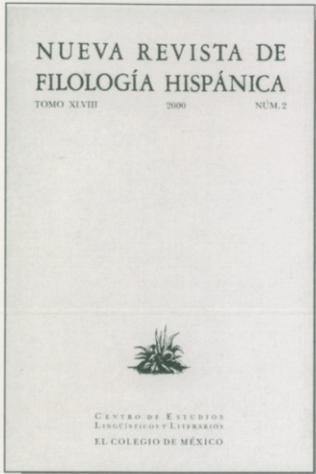
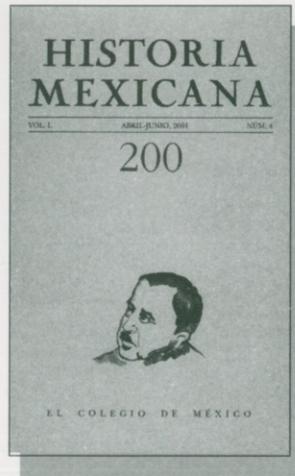
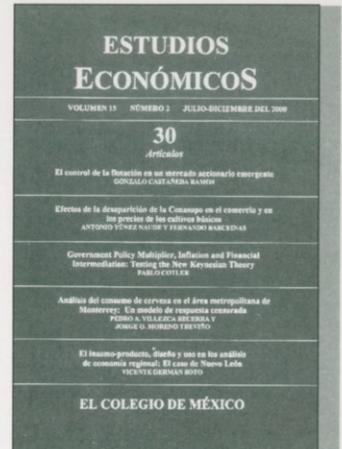
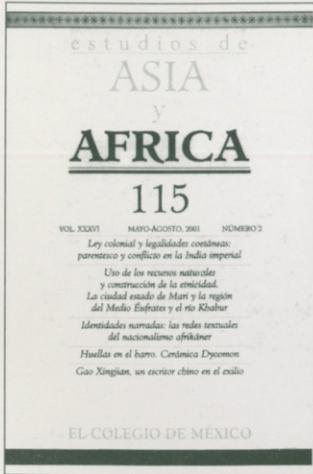
Finalmente, en este periodo se crea un Consejo Asesor nombrado para un periodo determinado compuesto por 14 miembros. El antiguo Consejo de Redacción, compuesto originalmente por los miembros del Centro de Estudios Históricos, se convierte en Comité Interno, del cual se excluye a quienes forman parte del Consejo. Su objetivo es lograr no sólo una apertura, sino también una vinculación más cercana

con especialistas extranjeros que pudieran impulsar nuevas colaboraciones; servir como los miembros del Comité Interno, de árbitros o dictaminadores sobre la calidad de las contribuciones, asesorar, en fin, vincular a *Historia Mexicana* al mundo exterior.

En general, *Historia Mexicana* es una revista cuyos cambios de orientación no han repercutido en su sobrevivencia. Las nuevas direcciones del Centro de Estudios Históricos no han traído por fortuna, bajo su brazo un cambio de título, el desplazamiento o la extinción de lo hecho con anterioridad. Éste parece ser un acierto que aleja a un órgano académico del burocratismo del que son víctimas muchas revistas en el ambiente académico latinoamericano.

*Historia Mexicana*, al cumplir en estos meses cuarenta años de vida, cumple también no sólo con el compromiso de sus fundadores —mantener un foro de reflexión y difusión de las investigaciones históricas sobre México—, sino con la comunidad académica internacional. Además, su dinámica vida da muestras más de avances que de estancamiento, a pesar de los vacíos y altibajos; sin embargo, llenarlos y superarlos parece parte del reto, para lo cual, otras revistas especializadas están llamadas a complementar este esfuerzo, en que deben participar todos los investigadores. €

# PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



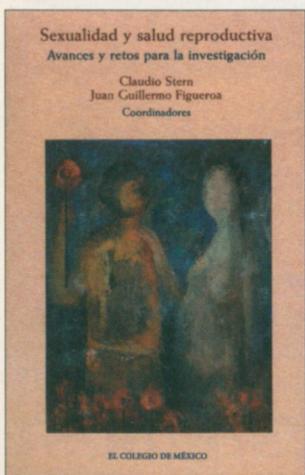
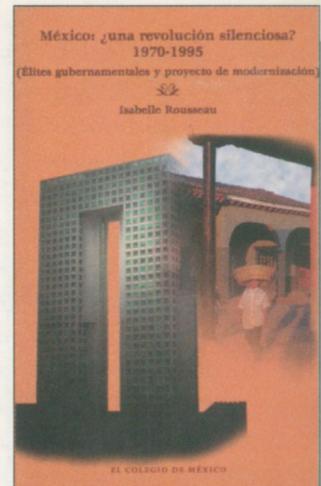
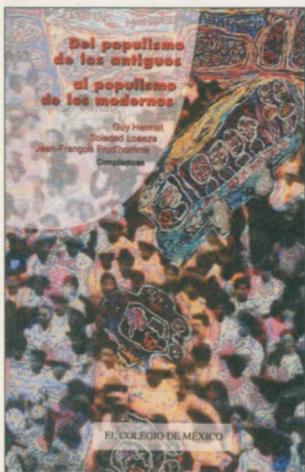
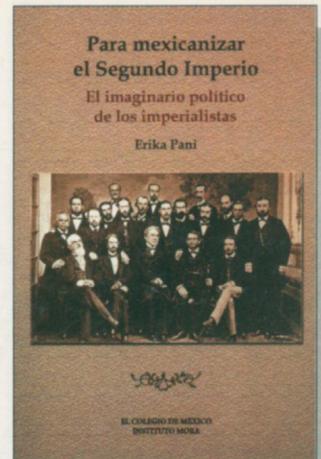
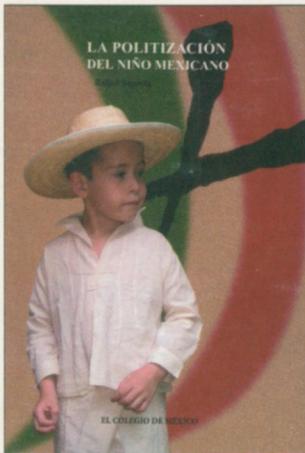
## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.

Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx



# NOVEDADES



## EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,  
Dirección de Publicaciones,  
Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa,  
10740 México, D. F.

Para mayores informes:  
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:  
publi@colmex.mx

